

TRAGEDIA.

LA FEDRA.

EN CINCO ACTOS.

ACTORES.

*Teseo, esposo de Fedra.**Fedra.**Enone, su Confidenta.**Hipolito, amante de Aricia.**Aricia.**Ismene, su Confidenta.**Panope.**Teramene.**Guardias.*

ACTO PRIMERO.

SCENA I.

Hipolito y Teramene.

Hip. **Y** A estoi resuelto, Teramene mio; voi á partir, y de Trecena dexo la amable habitacion en la cruel duda que el corazon me agita: ya comienzo á avergonzarme de mi inutil ócio: ha ya mas de seis meses que mui lejos de un respetado padre, su destino descubrir no han podido mis esfuerzos. *Ter.* ¿Y á que lugar quereis ir á buscarle? ya por satisfacer el orden vuestro, ha corrido mi zelo los dos mares que Corinto separa: por Teseo tambien he preguntado en las regiones situadas en la orilla, donde el negro Acheronte en el Tartaro se pierde:

he visitado la Elida, y corriendo el Tenate, he pasado hasta las ondas, que de sepulcro á Icaro sirvieron.

¿Con que nueva esperanza lisonjera, en que dichosos Climas vuestro afecto pretende ahora buscarle? ¿ui quien sabe si vuestro mismo padre con intento quiere esconder la causa de su ausencia?

y que mientras nosotros de sus riesgos aqui temblando estamos, él tranquilo, y de nuevos amores en el seno nos procura ocultar su ardiente llama, y á otra nueva hermosura seduciendo...

Hip. Querido Teramene, no prosigas, y á Teseo respeta; ya su pecho de sus primeros juvenes ardores ha reprimido los ardientes fuegos; y no creo que pueda detenerle un obstaculo vil; ha largo tiempo que habiendole fijado la inconstancia, ribal no tiene Fedra en sus afectos:

A

por

por fin, yo con buscarle habré cumplido con lo que mi deber me está imponiendo, y lograré salir de este parage en que no puedo estar, ni á estar me atrevo.

Ter. ¿De quando acá, Señor, os importunan

estos países placidos y amenos, que tan gratos os fueron en la infancia, y que habéis preferido, satisfecho, al tumulto, la pompa y los placeres de Atenas y la Corte? ¿pues que riesgos,

ò que disgusto de ellos os arroja?

Hip. ¡Ay Teramente! ya pasó este tiempo; todo, amigo, mudó desde el instante que à estos amables Climas envió el Cielo

de Pasiphae, y Minos à la hija.

Ter. No digais mas, Señor, que ya os entiendo.

Fedra os disgusta, y choca vuestros ojos:

madrastra cruel os vio siempre su pecho

con aversion, y fué la primer prueba que dió de su poder, vuestro destierro; pues el ódio con que antes os miraba, ò se ha extinguido, ò ya se anima lento, por otra parte, ¿qué peligro puede daros una muger que está muriendo, y que busca los medios de morir?

¿Fedra herida de un mal que con empeño

se obstina en ocultar, y ya cansada de sí misma, del dia y sus alientos, tener contra vos puede algun designio?

Hip. Su vana enemistad no es la que temo; yo parto por huir de otra enemiga, de esta joven Aricia, ultimo resto de una sangre à nosotros siempre opuesta.

Ter. ¿Que es lo que oigo, Señor? ¿pues que, vos mesmo

tambien la perseguis? la amable hermana de los viles Palantides sobervios, no ha tenido jamás alguna parte en los delitos perfidos y fieros

de sus crueles hermanos: ¿y sin causa debéis odiar su amable candor bello, sus inocentes gracias?

Hip. ¡Ay amigo!

si yo la odiara, no la fuera huyendo

Ter. Señor, ¿os dignareis de permitirme que explique de esta fuga lo que pienso ¿vuestro genio ha mudado? ¿por ventura

ya no sois el Hipolito sobervio, enemigo terrible, è implacable de las leyes de amor y el yugo fiero, que Teseo ha sufrido tantas veces?

¿Venus, la airada Venus, que con ceño se ha visto despreciar por vuestro orgullo,

por fin justificar quiere à Teseo?

¿y poniendoos à vos à un nivel mismo con los demás humanos, el incienso os fuerza à derretir en sus altares? ¿amais, Señor? decidmelo sincero.

Hip. ¿Qué pronuncias, amigo? tu que has visto

mi corazon desde sus años tiernos, ¿quieres que ahora desmienta indignamente

mis fieros y orgullosos sentimientos?

tu sabes que no solo con su leche, una madre Amazona acá en el pecho me ha inspirado un orgullo generoso, un corazon intrepido y alientos: quando me conocí supe yo mismo aplaudirme glorioso de tenerlos; tu entonces siempre unido à mi persona,

con placer me contabas y con zelo, la historia de mi padre, y sabes quanto mi alma atenta à tu voz se iba encendiendo

al escuchar sus inclitas hazañas, quando me hacías ver al Heroe excelso que de la ausencia del invicto Alcides, quedaba consolando al Universo: esos monstruos feroces destrozados, los huesos divididos y dispersos del barbaro Gigante de Epidauro, por fin á Creta, que aun se estaba viendo humear del Minotauro en la impia sangre,

y las demás hazañas de su esfuerzo: pero luego que tu me referias hechos menos gloriosos; por exemplo, su amor tan facilmente prometido, y aceptado por cien distintos pechos: una Elena robada a sus parientes en el seno de Esparta; à Peribeo, cuyo llanto correr vió Salamina, y otros mil corazones que ligeros supo engañar su ardor, de cuyos nombres

ya ni si quiera puedo hacer recuerdo: Ariadna, que à las rocas triste cuenta la barbara injusticia de su pecho, y finalmente Fedra, que robada fué con auspicios de mejor aspecto.

Tu sabes que escuchandote esta parte, con afán y dolor te iba pidiendo, que abreviar procurases el discurso: dichoso yo mil veces, si mi aliento entregára al olvido esta indecente mitad indigna de sus altos hechos.

¿Y que pudiera yo verme ligado à tan infame yugo? ¿hasta este extremo pretendieron los Dioses humillarme?

tanto mas despreciable en mis afectos, quanto à Teseo en fin hace escusable su mucha gloria, y que ningun perverso domado por mi brazo hasta este dia de ser debil como él, me dá derechos.

Aun quando mi fiereza se ablandára, ¿debiera nunca de mi amante fuego ser el objeto la inocente Aricia?

¿pudiera yo olvidarme de el eterno obstaculo cruel que nos divide?

mi padre la reprueba, y es su intento que à sus hermanos no les dé sobrinos: de esta culpable raza está temiendo un renuevo, y pretende que su nombre con esta hermana se sepulte à un tiempo,

y que ella hasta la tumba sometida à su tutela y leyes de Himeneo, jamas pueda mirar arder la tea.

Este es todo su ardor, todo su anhelo; podré yo pues injusto y atrevido la defensa tomar de sus derechos contra un padre irritado y poderoso?

à la temeridad daré este exemplo, y mis juvenes años prostituidos à un amor temerario con despecho.

Ter. ¡Ah Señor; si el momento ya ha llegado,

es vano ese discurso, porque el Cielo no viene à consultar nuestras razones; Teseo os disimula; mas con eso él os abre los ojos, quando quiere que los tengais cerrados, su odio mes-

mo, una rebelde llama en vos irrita, y à su enemiga añade hechizos nuevos: demás, Señor, ¿porque un objeto puro debe inspiraros tan horribles miedos? ¿porque no gustareis de una dulzura, si es que acaso la tiene? ¿debe eterno combatiros escrupulo tan rudo?

¿podeis tener recelos de perderos, siguiendo de el grande Hercules las huellas?

¿Quantos sublimes valerosos pechos no ha sujetado Venus? y vos mismo, que ahora la combatis con tanto esfuerzo,

¿qué seria de vos, si siempre Antiopo à sus leyes opuesta por deseo, no se hubiera inflamado en amor casto? mas, Señor, ¿de que sirven los sober-

vios afectados discursos? confesadlo:

todo se muda, y ya desde algun tiempo no se os vé tantas veces orgulloso,

ò hacer que vuela un carro sobre el suelo, ò practicando sabiamente el arte

que Neptuno inventó; lograr que alfreno se haga docil indomito caballo;

ya no resuenan tanto nuestros ecos en las montañas, y hasta nuestros ojos,

aunque pretenden esconder su fuego, parecen ofuscados y afligidos:

Señor, no hay que dudarlo, vuestra

pecho está ardiendo de amor y triste mueres:

¿porque ocultar pretendes sus incendios en la joven Aricia, la que os supo este fuego inspirar? hablád sincero:

vuestra pasión decidme.

La Fedra.

Hip. Teramene,
en busca de mi padre parto luego.
Tar. ¿Y no quereis, Señor, ver à la Reyna
antes de la partida?
Hip. Este es mi intento,
y asi bien puedes ir à prevenirlo:
veamosla en fin, pues escusar no puedo
una atencion á que el deber me obliga:
¿mas que desgracia, ò que accidente
nuevo
turba asi á Enone, que llorando llega?

SCENA II.

Enone y dichos.

Enon. ¡Ay Señor! ¿qué desgracia, que tormento

puede igualar al mio? ya la Reyna
está cercana á su postrer aliento:
en vano yo observo noche y dia,
mas en vano la animo y la consuelo;
morir quiere infeliz entre mis brazos
de un mal que disimula su pecho:
el eterno desorden que la agita,
su espiritu conturba, y el inquieto
disgusto que interior la despedaza,
con violencia la arranca de su lecho,
donde quiso volver á ver el dia,
pero me ha dado un orden tan severo
de hacer que nadie quede en este sitio,
mas ya viene hácia alli.

Hip. Pues yo me ausento
para dexarla libre, y que no vea
un semblante para ella tan molesto.

Vase con Teramene.

SCENA III.

Fedra y Enone.

Fed. No vamos mas allá, querida Enone,
quedemos aqui; no, ya no puedo
dar otro paso mas; me siento debil;
me deslumbra la luz que á mirar vuelvo;
ni puedo ya siquiera sostenerme:
¡ay misera de mi!

Enon. Dioses eternos,
que nuestro triste llanto os compadez-
ca.

Fed. Quanto me cansan todos estos velos
estos vanos adornos! ¿qué importuna,
que necia mano se tomó el empeño
de venir á formarme tantas trenzas,
y juntar en mi frente los cabellos?
ay todo me atormenta, me fastidia
y conspira á mi daño.

Enon. ¡Cómo, opuestos
sus gustos entre si se contradicen!
ahora poco vos misma á componeros
excitabais, Señora, nuestras manos,
vos misma con magnanimos esfuerzo
os queriais mostrar á todo el mundo,
y volver á mirar la luz del Cielo:
ahora la veis, Señora, ¿y ya cansad
la misma luz estais aborreciendo?

Fed. Noble y brillante Autor de una in-
felice

triste familia; tu, numen excelso
de quien mi madre se jactaba hija,
que quizá te avergüenzas del funesto
estado en que me ves: Sol luminoso
por la postrera vez á verte vengo.

Enon. ¿Que, Señora no habeis de perder
nunca

un deseo tan cruel? ¿vuestro despecho
renunciando á la vida debe siempre
preparar de la muerte los aprestos?

Fed. Justos Dioses, ¿porque no estoy sen-
tada

á la sombra de un bosque el mas ameno
¿quando podré seguir de un polvo ilus-
tre,

seguir con ojos placidos y atentos,
á un carro que huye con veloz carrera

Enon. ¡Que es esto, Santos y piadoso
Cielos!

Fed. ¿Insensata, que he dicho? ¿adonde me
hallo?

¿dónde van á extraviarse mis deseos
y mi infeliz razon? yo la he perdido
los Dioses me la están obscurciendo
Enone, la vergüenza me confunde;
yo he dexado ver mucho este funesto
indecente dolor: hasta mis ojos
de llanto, á pesar mio se han cubierto

Enon. Si de algo debeis tener vergüenza
avergonzaos solo de un silencio

que

que irrita vuestro mal: ¿pues que, Señora, siempre rebelde á nuestros tristes ruegos, siempre sorda al clamor de nuestras voces,

quereis ya sin piedad de vuestro aliento el curso terminar? ¿qual es la furia que le quiere cortar estando en medio de su feliz carrera? ya tres veces ha cubierto la noche con su velo la luz del dia, sin que á vuestros ojos haya podido introducirse el sueño, y otras tres veces el albor del dia ha vuelto à traer la luz sin que alimento en vuestro cuerpo debil haya entrado: ¿qual es pues vuestra idea? ¿á qual intento

tan barbaro y atroz quiere arrojarse vuestro amargo dolor? ¿con que derecho osais asi á tentar contra vos misma? vos ofendeis los Numenes eternos, que los Autores son de vuestra vida; haceis traición á vuestro esposo tierno, y á vuestros tristes è infelices hijos, á los que vuestra muerte debe luego sugérat bajo un yugo rigoroso: pensad que el dia en que perdieren ellos á su infelice madre, le renacen todas las esperanzas de este Reino, al hijo de la barbara estrangera, á ese enemigo que lo ha sido fiero de vos misma y de toda vuestra sangre, á ese vil hijo que llevó en su seno una cruel y barbara Amazona; á ese Hipolito en fin...

Fed. ¡Dioses eternos!

Enon. Esta memoria irrita vuestro enfado; veo que os enfurece este recuerdo; y es con razon, Señora.

Fed. ¡Desgraciada!

¿que nombre han pronunciado tus alientos!

Enon. Muy bien, Señora, vuestro enojo es justo,

y me alegro de ver que vuestro pecho de horror se llena al escuchar su nombre:

vivid pues, que el amor, que el ódio mismo

os haga cuidar mas de vuestra vida; vivid y no sufrais que el hijo fiero de una barbara Scita, á vuestros hijos dé sus barbaras leyes: ni que Imperio tenga sobre la sangre mas ilustre de la Grecia y los Dioses; mas sea

presto, Señora; no tardeis un solo instante, que os va cada minuto consumiendo; reparad vuestras fuerzas abatidas ahora que todavia vuestro aliento está durando, y puede restaurarse.

Fed. Yo he prolongado, *Enone*, con exceso

la duracion de mi culpable vida.

Enon. ¿Qué terrible voráz remordimiento os destroza asi el alma? ¿qué delito puede causar en vos tanto despecho? en la inocente sangre vuestras manos no se han manchado.

Fed. No, gracias al Cielo; mis manos hasta aqui no han sido reas; ojala, *Enone* mia, que en el pecho viera á mi corazon tan inocente.

Enon. ¿Qué proyecto tan barbaro y funesto.

habeis imaginado que asi turba á vuestro corazon?

Fed. Ya mi tormento te ha dicho lo bastante, no me estreches á decir lo demás; mira, yo muero por ocultar secreto tan horrible.

Enon. Morid pues, y ocultad vuestro secreto;

pero para que cierren vuestros ojos otras manos buscad, pues aunque veo que os queda apenas una debil vida, yo con la muerte encontraré primero mil caminos abiertos que á ella guian, y sabran ni dolor y mi despecho escojer los mas cortos. Inhumana, ¿os ha engañado nunca mi leal zelo? ¿no os acordais de que estos brazos mismos,

quando visteis la luz, os recibierou? yo he dexado por vos patria, parientes, y aun mis hijos tambien; ¿y este es el premio

que

que à mi fê y à mi amor habeis guardado?

!qué injusta paga de un amor inmenso!

Fed. Qué fruto has de sacar, querida Eno-

ne,

de saber este barbaro secreto?

tu temblarás de horror si yo me expli-

co.

Enon. ¿Y que podeis decirme, ¡Santos Cielos!

que no ceda al horror de estar temblando de que espireis aqui à mis ojos mismos?

Fed. Quando tu sepas mi fieróz delito, yo moriré igualmente, mas mi aliento morirá mas culpado.

Enon. ¡Oh Dios! Señora, *De rodillas.*

por estas fieles lagrimas que vierto,

por estas mismas debiles rodillas

que aqui abrazadas tiene mi respeto,

sacadme de una duda tan funesta.

Fed. ¿Tu lo quieres? levántate.

Enon. Ya atiendo.

Fed. ¿Qué la podrá decir? ¡Cielos Divinos! ¿por donde he de empezar?

Enon. A mi leal zelo

no ofendais con injustas desconfianzas;

acabad, descubridme vuestro pecho.

Fed. ¡O venganza de Venus ofendida!

¡o colera terrible! ¡quantos yerros

costó el amor à mi infelice madre!

Enon. Olvidadlos, Señora, y que el silencio supulte para siempre entre sus sombras este funesto y tragico recuerdo.

Fed. Hermana Ariadna, ¿qué pasion funesta

tubiste hasta la orilla, en que Teseo

te dexó perecer abandonada?

Enon. ¿Qué haceis, Señora? ¿qué feróz despecho,

que rabia atróz contra la sangre vuestra

os está ahora cruel enfureciendo?

Fed. ¿Qué es lo que quiere Venus de esta sangre

tan infelice toda? ¡yo perezco,

la postrera y la mas desventurada!

Enon. ¿Estais enamorada?

Fed. ¡Santo Cielo!

yo sufro de el amor todas las furias.

Enon. ¿Por quien?

Fed. Tu vas à oir el complemento.

de todos los horrores; si... yo adoro...

à este nombre fatal palpito y tiemblo.

Yo adoro...

Enon. ¿A quien, Señora?

Fed. Tu conoces...

¡o Dioses! (de nombrarle me estre-
mezco)

al hijo de la barbara Amazona...

à este Principe à quien por largo tiempo

yo atormenté...

Enon. ¿A Hipolito, Señora?

¿à Hipolito? ¡qué horror! ¡qué esto
oiendo?

Fed. Tu le has nombrado.

Enon. ¡O Dioses! en las venas
se me ha elado la sangre: ¡o cruel des-
pecho!

¡o delito feróz! ¡o triste Reyna!

orilla desgraciada, viage adverso,

¿porque ha querido traernos el destino

à tan terrible y peligroso suelo?

Fed. Mi mal es mas antiguo; yo me habia

sugetado à las leyes de Himeneo:

deseosa con el hijo ya contaba,

poder vivir con dias mas serenos:

Atenas me hizo ver à mi enemigo;

le vi, me avergonzé, me faltó aliento;

se me turbó el color; y una terrible

confusa turbacion sentí en el pecho:

mis ojos no veian, ni mis labios

podian respirar, y à un mismo tiempo

helar y arder el cuerpo me sentia:

yo conocí por mis ardientes fuegos

de Venus la venganza (¡cruel martirio

de una sangre infeliz que vé con ceño!)

yo pretendi aplacarla con frequentes

devotos sacrificios: la hice un Templo:

yo misma me encargué de sus adornos;

me dediqué à su culto con esmero;

y estando à todas horas rodeada

de Victimas sagradas, en sus senos

buscando andaban mi razon perdida

de un incurable amor vanos remedios:

inutilmente en el Altar suntuoso,

mi amor arder hacia el puro incienso;

quan-

quando invocaban mis profanos labios
el nombre de la Diosa, ya en el pecho
à Hipolito adoraba, y en el mismo
pie del Altar que consagró mi zelo,
sacrificaba fiel todos mis votos

à el Dios que idolatraban mis afectos:
despues traté de huírle; mas en vano,
en vano lo intenté; mis ojos mesmos
lo hallaban de su padre en las facciones:
finalmente, tan fuerte fué mi esfuerzo
contra mi misma, que para olvidar
me hice fuerza, y le estube persiguiendo,
y por lograr quitarme la memoria
de un enemigo tan amado y bello,
el disgusto afecté de una madrastra;
no descansé pidiendo su destierro,
y mis eternas quejas arrancarle
de los paternos brazos consiguieron:
entonces respiraban, fiel Enone,
y despues de su ausencia iban corriendo
mis dias mas tranquilos è inocentes,
sometida à mi esposo, y en lo interno
sepultando mis males, cultivaba
los frutos que me daba su Himeneo:
pero, ¡ò vanos afanes! à Trecena
llamado por mi esposo, vi de nuevo
al enemigo que alejar queria;
y las tristes heridas de mi pecho
muy frescas todavia y muy recientes,
à brotar sangre otra vez volvieron:
ya no es, Enone, un fuego enardecido
que está voráz mis venas encendiendo;
es Venus toda de su presa asida:
y conozco mi error; sé todo el tedio
que merece mi llama, y la he tomado
aversion à mi vida, ódio à mi fuego;
muriendo pretendia que quedase
ignorado mi amor, y que à lo menos
se salvára mi gloria de esta mancha:
tus instancias, tus lagrimas y ruegos
me han vencido; por fin ya te lo he
dicho,

Enone, todo; y no, no me arrepiento,
con tal de que respetes de mi muerte
la triste intermediacion; y mi ardor ciego
no aflijas con baldones. y que dexes
de querer con inutiles esfuerzos
animar otra vez la debil vida,

que puede ya tener muy poco aliento.

SCENA IV.

Panope y dichas.

Pan. Yo quisiera ocultaros una horrible
noticia dolorosa; pero debo
deciros la, Señora, porque puede
aprovecharos: vuestro esposo ha muer-
to:

solo vos ignorais esta desgracia.

Enon. ¡Panope! (¡Santo Dios!) ¿qué estás
diciendo?

Pan. Que á los Cielos la Reyna pide en
vano

la vuelta de Teseo, y que en el puerto
han entrado navios, que ahora han da-
do

à Hipolito un aviso tan funesto.

Fed. ¡Justos Dioses!

Pan. Atenas se divide

para escoger su Rey; los que son rectos,
al Principe vuestro hijo dán sus votos;
los otros olvidando de este Reyno
las leyes mas sagradas, quieren darlos
à Hipolito, en quien no hay ningun
derecho:

tambien se dice que un partido injusto
trabaxa por hacer que obtenga el cetro
Aricia, y la vil sangre de Palante:
yo, Señora, creí que mi leal zelo
debía de todo esto preveniros,
para que os gobernéis en tanto riesgo;
ya Hipolito está pronto à la partida,
y se teme que arrastre à todo el pueblo.

Enon. Panope, está muy bien, la Reyna
te oye,

y esto podrá servirla de gobierno.

Vase Panope.

SCENA V.

Fedra y Enone.

Enon. Señora, yo dexaba de rogaros
conservaseis la vida, y mis afectos
pensaban en seguiros à la tumba:

para

para apartaros de tan cruel intento ya no tenia voz ; pero este horrible tan imprevisto y tragico suceso, otras leyes os dá ; vuestra fortuna es diferente , y ya varió de aspecto. El Rey ha fallecido , y es preciso que ocupeis su lugar : un niño tierno debe ser oy vuestro unico cuydado ; si él os pierde , es esclavo desde luego ; si vos vivis es Rey ; ¿quien es quien debe

si vos faltais cuydar de sus alientos? ¿qué mano enjugará su tierno llanto? sus gritos inocentes en el Cielo pondrán la voz, y alli contra su madre irritarán á todos sus abuelos: vivid ya no teneis baldon alguno que haceros á vos misma; vuestro afecto es como otro qualquier , vuestro es-
poso

ha roto con su muerte ya el estrecho que lo hacia culpable , y ya su hijo no os debe ser temible, y podeis verlo sin haceros por esto delincuente; tal vez él amotina á todo el pueblo porque os juzga enemiga; prontamente idlo á desengañar con dulce acento; desarmad su valor : Trecena es suya; él sin duda Señor es de este Reyno, pero sabe tambien que á vuestro hijo señalaron las leyes los sobervios muros que hizo Minerva : en fin vosotros

teneis una enemiga ; id de concierto, y combatid á Aricia los dos juntos.

Fed. En fin , Enone , sigan tus consejos; vivamos , si es posible que á la vida me pueda restituir, y si un esfuerzo del maternal amor conseguir puede que se anime otra vez mi poco aliento.

ACTO SEGUNDO.

SCENA I.

Aricia y Ismene.

Aric. ¿Tu me dices que Hipolito desea

verme en este lugar? ¿y que es su intento

despedirse de mi? responde Ismene.

Ism. Si Señora , y este es primer afecto de la tragica muerte de su padre; ya os podeis preparar á ver muy presto que vuelvan hácia vos los corazones que os desviaba la saña de Teseo: ya finalmente la Princesa Aricia de su suerte es el arbitro , y yo creo que á sus pies verá en breve á Grecia toda.

Aric. ¿Con que el rumor ha sido verdadero? en fin , Ismene , ya no soy esclava?

Ism. No Señora , benevolos los Cielos á Teseo han unido con los Manes de tanto desgraciado hermano vuestro

Aric. ¿Mas se dice el motivo de su muerte?

Ism. Se han sembrado rumores muy diversos.

Unos dicen que habiendo á otra querida

robado nuevamente, en el mar fiero aquel esposo infiel se ha sumergido: otros publican (y este es el suceso que mas credito logra) que al Cocito baxó con Peritoo ; que vió el Infierno y sus negras orillas ; que viviente le miraron las sombras del Aberno; pero que quando quiso ya no pudo salir de aquellos margenes funestos, ni volver á pasar la triste orilla de que nunca se vuelve.

Aric. ¿Pero puedo?

4
pensar yo que un mortal penetrar logre la habitacion profunda de los muertos mientras en vida está? ¿ni que motivo á cotos tan temidos pudo atraerlo?

Ism. Teseo ya murió ; vos solamente quereis dudarle : Atenas está en duelo. Trecena ya lo sabe , y reconoce á Hipolito por Rey : Fedra en secreto, con tal noticia absorta y consternada, por su hijo tiembla, y les está pidiendo dictamen y socorro á sus amigos.

Aric. ¿Y tu piensas que Hipolito mas tierno,

mas humano conmigo que su padre quie-

quiera hacer mis pesares mas ligeros ?
¿qué tendrá compasion de mis desgra-
cias ?

Ism. Si Señora , de Hipolito lo creo.

Aric. ¿No conoces à su animo insensible?
en que fundas los frivolos consuelos
de que me compadezca , y que en mi
sola
respete á un sexo el qual mira con te-
dio ?

tu has visto como busca los lugares
donde no nos hallamos, y que ha tiem-
po
que huyendonos está.

Ism. Yo sé , Señora,
todo lo que se dice de su genio
y fria sequedad; pero he observado
con estudio á este Hipolito severo
quando os hablaba , y no me ha pare-
cido

tan arrogante , tan altivo y fiero,
como la fama dice : á las primeras
miradas vuestras observé su aliento
turbado y confundido , y que sus ojos
que hicieron al principio urbano esfuer-
zo

para evitaros, tiernos y amorosos
despues no hallaban modo de no veros:
quizá el nombre de amante es el que
choca

à su orgullo tenáz ; pero yo creo
que sino son de amante sus palabras,
de muy amante son sus ojos tiernos.

Aric. Cómo mi corazon, querida Ismeno,
de complacencia y de contento lleno,
escucha ansiosamente ese discurso ;
aunque quizá no tiene fundamento !
querida amiga , tu que me conoces,
¿ pudiste imaginar que yo, (que objeto
he sido siempre de una infausta suerte)
que un triste corazon siempre deshecho
en llanto y amargura , al fin debiese
conocer el amor y sus incendios ?
yo sola de las furias de la guerra
he salvado la vida , ultimo resto
de la sangre infeliz de un Rey illustre;
yo he visto perecer en poco tiempo,
y en la flor de su edad à seis hermanos

de una casa que apoyo tan sobervio,
el fiero destructor los segó à todos,
la tierra vió inundar su triste seno,
y à su pesar bebió la illustre sangre
de los nobles sobrinos de Ericteo:
bien sabes, que despues una severa
y vigilante ley , á todo Griego
aspirar à mi mano le prohíbe ;
se temerá sin duda que el incendio
de la hermana animar pudiera un día
de sus hermanos el cadaver yerto ;
pero sabes tambien con que desdenes
ha visto mi altivéz estos empeños
de un vencedor injusto y receloso ;
y que al amor mi pecho siempre opuesto,
el rigor de Teseo agradecia,
pues sin pensar servir à mis deseos
entonces , fiel Ismene , no habian visto
mis ojos à su hijo ; no por esto
pienses que por la vista enamorada
quedé de la belleza y los talentos
que todos tanto alaban : dones nobles
con que el Cielo le adorna , mas que el
mismo

ò con desprecio trata , ò los ignora :
no, Ismene, yo amo en él, en él aprecio
calidades mas dignas : las virtudes
que en su padre se vén son sus defectos;
yo amo , te lo confieso , ese orgulloso
corazon que jamás al yugo fiero
de amor se ha sugetado: en vano Fedra
se honra con los suspiros de Teseo;
yo mas altiva soy , y asi no estimo
la gloria facil de obtener un pecho
que á otras se ofrece , ni de hallar en-
trada

en corazon que à muchos está abierto:
solo à mi orgullo lisongear podian,
sugetar un valor nunca sugeto,
rendir un corazon que era insensible,
y hacer que sienta el amoroso fuego;
pouer fuertes cadenas à un cautivo,
que sorprendiera mirarse preso,
en vano pretendiera revelarse
contra un yugo que él mismo está que-
riendo:

esto es à lo que aspiro ; esto pudiera
irritar la ambicion de mis deseos :

Hercules mismo, Ismene, era mas facil de desarmar, que Hipolito; y su pecho mas veces (sojuzgando) menos gloria daba al amor con sus suspiros tiernos: pero, ; ay Ismene! ; qual es mi imprudencia!

demasiado quizá su orgullo fiero resistirá al amor, y tu algun dia me oiras gemir humilde en mis lamentos

de lo mismo que ahora en él admiro.

Mas que, ¿ será posible, Santos Cielos, que Hipolito me quiera? ; porque dicha pueden haber logrado mis afectos vencer un corazon?

Ism. Señora, él mismo os lo dirá, pues viene hácia este puesto.

SCENA II.

Hipolito y dichas.

Hip. Antes, Señora, que de aqui me ausente,

le pareció preciso à mi respeto advertiros de todos mis designios: ya mi padre murió, bien mis recelos adivinaban la razon funesta de una ausencia tan larga, y de el silencio

en que estaba su nombre sepultado, porque solo la muerte sus excelsos y sublimes trabajos terminando, lo podia ocultar tan largo tiempo: en fin crueles los Dioses entregaron

à la homicida parca, al compañero y fiel amigo y sucesor de Alcides: pienso que sin disgusto el odio vuestro, por eleccion á sus virtudes oye estos nombres debidos à sus hechos; en la mortal tristeza que me affige solo me anima un placido consuelo, y es, Señora, que puedo libertaros de una austera Tutela; desde luego yo revóco una ley que antes sentia; ya soy de vuestra suerte unico dueño; y en Trecena que ya reconocido me tienen por su Rey, pues de mi Abuelo

la herencia debe ser: ya sois, Señor, tan libre, y aun mas libre que yo mismo.

Aric. ¡Ay Señor! moderad tantos favores que pueden oprimirme con su exceso esas tan generosas intenciones me sugetan con modo mas estrecho à las leyes austeras, de que ahora pretende dispensarme el favor vuestro.

Hip. Atenas todavia se divide para escoger su Rey: me nombra pueblo;

del hijo de la Reyna, y de vos habla.

Aric. ¿De mi, Señor!

Hip. Bien sé, sin que mi aliento me pueda lisongear que una severa y mui estrecha ley, todo derecho prohibirme pretende, y que la Grecia me baldona un origen estrangero; pero, Señora, si mi hermano solo me disputara el Reyno, sobre él tengo legitimos derechos, que mi brazo ayudado de amigos y del pueblo salvára del capricho de las leyes; otro freno mas justo de mi esfuerzo detiene la osadia; y yo, Señora, con alborozo, con placer os cedo, ò para hablar mejor os restituyo el cetro que otra vez vuestros Abuelos recibieron de aquel mortal sublime, de aquel Heroe magnanimo y excelsos que en sus entrañas concibió la tierra y entre las manos del valiente Egeolo puso la adopcion: despues que Atenas

recibió de mi padre sus aumentos, viendose mejorada y protegida, reconoció con gusto el dulce Imperio de un Rey tan generoso, y al olvido entregó à todos los hermanos vuestro. Ahora la misma Atenas á sus muros os llama con fervor y leal zelo, ya ha sufrido bastante, demasiado: sus surcos infelices y funestos, empapados en vuestra illustre sangre, han hecho humear aquel mismo terreno de que habia salido; ya Trecena me reconoce por un solo dueño: las campañas de Creta ya le ofrecen

al hijo de la Reyna , asi lo quiero ,
y le dan una rica r tirada :
el Atica , Señora , desde luego
es vuestro patrimonio , y solo parto
  ver si conseguir puede mi zelo ,
que se reúnan en vos todos los votos ,
que entre los tres est n ahora dispersos .

Aric.   Ay Señor ! espantada , confundida
de todo lo que os oigo , casi temo
que est no sea un sueño que me engañe ;
  est o despierta ?   Dios !   segura puedo
crear designio tan noble y generoso ?
  qué Dios , Señor , que Dios tan alha-
gue o
os lo pudo inspirar ?   quién justamente
vuestra gloria decanta al Universo ?
  quanto   la fama la verdad excede !
que , Señor ,   vos quereis un grande Im-
perio
  perder en favor mio ?   no bastaba
no aborrecerme ? haber tan largo tiem-
po
reservada vuestra alma de la injusta
violenta enemistad . . .

Hip.   Yo aborreceros ?
 ah Señora ! por mas que os hayan dicho
de mi fiera ;   habeis hecho concepto
que naciese del vientre de algun mon-
struo ?
  qué costumbres salvages , que  odio fiero
endurecido y cruel no se acab ra
desde que viera los encantos vuestros ?
he podido yo mismo resistirme
al hechizo divino y alhague o . . .

Aric.   Qué , Señor ?

Hip. El amor me ha transportado ,
ya he dicho mucho : mi impetuoso fue-
go
arrastra mi razon y la despeña ;
pero pues he empezado de el silencio
la clausura   romper , fuerza es , Señora ,
proseguir , y deciros un secreto
que mi encendido corazon no puede
en su seno ocultar mas largo tiempo .
Vos veis , Señora , un Principe infelice ,
hecho terrible y memorable exemplo
de un temerario orgullo ; yo que siem-
pre

de las llamas de amor contrario , fiero ;
insultaba fer z   las prisiones
de sus viles cautivos , que sintiendo
de los ciegos y debiles mortales
los miseros naufragios , desde el puerto
creia ver sus crueles tempestades ;
  las comunes leyes ya sugeto ,
me siento transportar por una llama
la qual de mi razon me pone lejos :
un momento ha rendido mi imprudente
te ,
mi barbara osadia , y este pecho
tan sobervio y feroz , se halló cautivo
ha cerca de seis meses , que trayendo
conmigo el dardo cruel que me destro-
za ,

lidio con vano y vergonzoso esfuerzo
contra mí y contra vos ; si estais presen-
te
huyo de vos , y estando ausente os veo ;
vuestra imagen me sigue hasta en las
bre as
del bosque inculto ; el resplandor del
Cielo ,

la noche y quanto miro me presentan
el mismo encanto de que estoi huyendo ;
en todo está sugeto   vuestras leyes
el infeliz Hipolito ; yo mesmo
me busco y no me hallo : ya mi arco ,
mis flechas y mi arco me dan tedio :
ya no me acuerdo mas de las lecciones
que Neptuno me dió ; mis tristes ecos
son los solos que se oyen en el bosque ;
mis caballos ociosos largo tiempo
hasta el s n de mi voz han olvidado :
quizá , Señora , al oirme tan grosero ,
tan salvage discurso , os d  verguenza
el poder inspirar tan rudo fuego :
  que explicación tan torpe para un alma
que os ofrece su amor !   qué prisionero
tan rustico y fer z para la dulce
cadena amable que os está pidiendo !
pero pens d , Señora , que la ofrenda
no os debe parecer solo por esto
menos grata ; mir d que estoi hablando
en un idioma para mi extranjero ,
y no es bien despreciar por su lenguaje
una pasion vehemente , que mi pecho
ja-

jam's sin vos hubiera concebido.

La Fedra.

de un discurso que debe ser molesto.

Vase Teramene.

SCENA III.

Teramene y dichos.

Ter. Señor, la Reyna viene, y mi leal zelo

procuró adelantarse, por deciros que buscándoos está.

Hip. ¿Qual es su intento?

Ter. No sé, mas han venido de su parte á preguntar por vos; á lo que pienso antes de la partida querrá hablaros.

Hip. Fedra ¿qué la diré? ¿Dioses eternos! ¿qué quiere ella conmigo?

Aric. Señor, ahora

no la podeis negar este consuelo, y aun que estais convenidos de la ardiente

enemistad que os tiene, algun afecto de compasion debeis á sus dolores.

Hip. Mas entre tanto vos os vais muy lejos,

y yo habré de ausentarme sin que sepa si ofendo á los encantos que venero,

y si un rendido corazon amante que abandonado en vuestras manos dexo...

Aric. Partid, Señor, partid; y seguid siempre

vuestros nobles magnanimos intentos; yo acepto todos vuestros altos dones, pero sabed, Señor, que el de este Imperio

aunque tan grande sea, y tan illustre no es el que miro con mayor aprecio.

Vase con Ismene.

SCENA IV.

Hipolito y Teramene.

Hip. ¿Teramene, está todo prevenido? mas ya llega la Reyna; vete presto y dispon la partida; ház prontamente que te dê la señal; anda al momento, ordena, mueve, y librame quanto antes

SCENA V.

Fedra, Hipolito y Enone.

Fed. Enone, ves alli; toda la sangre se me retira al pecho, y no me acuerda de lo que iba á decir quando le miro.

Enon. Dexad, Señora, ya esos pensamientos,

y acordaos de un hijo en que vos sol tiene esperanza de encontrar consuelo

Fed. Oigo, Señor, que un viage apresurado os ausenta de aqui; por eso vengo á juntar mi dolor con vuestro llanto, y á deciros que está mi pecho inquiet por la suerte de un hijo: el infelice ya ha perdido á su padre; no está lexo el dia en que verá mi infausta muerte: terribles enemigos desde luego

á perseguir su infancia han empezado, solo vuestro alto generoso esfuerzo

puede tomar contra ellos su defensa;

pero, Señor, un cruel remordimiento turba mi corazon y le confunde,

pues temo que á sus miseros lamentos yo misma os he cerrado los oidos;

yo recelo, Señor, que sea el objeto

de vuestras justas iras, y que pague las culpas de su madre el hijo tierno.

Hip. Señora, yo no tengo alma tan baxa.

Fed. Quando me aborreciera vuestro ceño

no debiera quejarme, fueran justas

vuestras iras, Señor, pues largo tiempo os persiguió mi saña, y vuestros ojos

no veian el fondo de mi pecho:

os tratè como barbara enemiga;

ni permití os quedaseis en el suelo,

que era mi habitacion, y declarada

contra vos siempre en publico y secreto,

quise que un ancho mar nos dividiese: aun no contenta, di orden mui estrecho

de que nadie os nombrase en mi presencia:

ved que nada os encubro; con todo eso, si los castigos deben ajustarse

à los agravios ; si vuestro ódio fiero solo merece la que os vé con ódio ; jamás muger en todo el Universo, pide vuestra piedad, Señor, mas digna, ni menos digna fué del ódio vuestro.

Hip. Yo no ignoro, Señora ; que una madre

que mira por sus hijos con sus zelos, perdona rara vez al de otra esposa: los sinsabores y desabrimientos de ún segundo Himeneo son el fruto: qualquiera otro sin duda haria lo mismo,

y quizá me hubiera hecho mas ultrajes.

Fed. ¡Ay Señor ! quanto el hado, quanto el Cielo

con quien ahora atestiguo, de esas leyes me ha querido exceptuar ! ; y que diverso

es el afán que el pecho me debora !

Hip. Pero, Señora, todavia no es tiempo

de affigiros asi ; tal vez no es cierta la noticia infeliz , y puede el Cielo su vuelta conceder á nuestro llanto.

Neptuno le protege con empeño, y este su natural Numen sagrado no hará que vanos sean nuestros ruegos.

Fed. No se vén las orillas infernales,

Señor , dos veces ; y pues ya Teseo vió sus oscuros cotos , es inútil esperar que ningun Numen excelso

lo vuelva ; que Acherante siempre avaro

no abandona su presa : mas su aliento no está muerto sin duda , pues respira

continuamente en vos , y tener creo delante de los ojos à mi esposo:

sí, yo le veo, le hablo, y en mi anhelo...

¡mas Dioses! yo me pierdo, y mi ardor

loco

se quiere declarar á mi despecho.

Hip. De vuestro vivo amor , Señora, admiro

el ardor singular : aunque à Teseo

llorais difunto, ya de vuestra vista

no se aparta jamás , y vuestro pecho

conserva sus afectos encendidos.

Fed. Si, Principe, yo me ardo, yo me quem

o

en amor de mi esposo ; yo le adoro, no tal como le han visto los Infernos idolatra voluble de hermosuras, que con ligero y vacilante afecto, hasta de el Dios que al Tartaro preside vá à deshonar y prostituir el lecho ; sino constante, fiero y algo rudo, arrastrando tras si todos los pechos como suelen pintar á nuestros Dioses: y finalmente tal como yo os veo ; él tenia vuestro aire , vuestros ojos, vuestro modo de hablar ; y hasta ese

tierno inocente pudor á su semblante daba tambien un colorido bello: quando llegando á Creta de la llama de las hijas de Minos fué el objeto ; ¿porque entonces, Señor, no habeis venido?

¿porque Teseo à tantos Heroes Griegos congregó sin que Hipolito estuviera?

¿porque vos todavia joven tierno. no pudisteis venir en el navio

que lo conduxo à nuestro triste puerto? por vos sin duda hubiera perecido

aquel monstruo terrible ; si ; aquel fiero, aquel barbaro monstruo ; sin embargo

del laberinto lobrego è inmenso, que era su obscura y triste retirada ;

para girar sus intrincados senos, mi hermana hubiera armado vuestra

mano

con el hilo ; mas no, porque mi afecto se hubiera adelantado : amor, sin duda, inspirado me hubiera el pensamiento.

Yo, Principe , yo soi la que oficiosa os hubiera enseñado los senderos

de el laberinto: ¡ó Dioses! ; quanto susto me hubiera á mi costado ! ; qué recelos,

el cuidado de vida tan preciosa ! pero un hijo no hubiera de mi pecho

calmado la inquietud , pues mis afanes querrian del peligro compañeros,

marchar alli con vos yendo delante ; de modo, que enlazada en comun riesgo

nuestra suerte , se hubiera libertado con vos Fedra, ó con vos hubiera

muerto.

¡Qué

Hip. ¡Qué es lo que escucho, Cielos soberanos!

pues que, ¿olvidais, Señora, que Teseo es mi padre, y tambien vuestro marido?

Fed. ¿Y sobre que juzgais que no me acuerdo?

pues que, Principe, ¿acaso yo he perdido

todo el cuidado que à mi gloria debo?

Hip. Perdonadme, Señora, ya conozco con rubor que acusaba torpe y necio un discurso sencillo: mi verguenza no puede sostener mas vuestro aspecto, y voy...

Fed. ¡Ah ingrato! finges que no entiendes, y demasiado entiendes mi tormento; à mi pesar mi corazon tan docil te ha explicado su ardor, pues por entero

conoce à Fedra y todos sus furores: yo te adoro, mas no pienses por eso que apruebe mi pasion, y que yo misma tenga por inocentes mis afectos: tampoco pienses que haya fomentado mi infame complacencia este vil fuego, esta llama voráz que me debora de celestial venganza, triste objeto: yo me aborrezco mas, tengo à mi misma

aun mas horror del que me estoi teniendo:

bien lo saben los Dioses, esos Dioses que han encendido en mi infelice pecho este ardor destructor de mi familia; esos Dioses crueles que se han hecho una gloria feroz y sanguinaria de seducir el corazon ligero

de una simple mortal; tu mismo puedes acordarte de todos mis esfuerzos:

yo no me he contentado con huirte,

te he desterrado con rigor violento;

pretendí que me vieses perseguirte;

parecer à tus ojos monstruo fiero,

por poder resistirte con mas fuerza;

en fin, buscaba tu aborrecimiento;

¿y de que? (justos Dioses) me ha ser-

vido

tan duro afan? yo no te amaba menos,

y tu me odiabas mas; todos tus males eran para mi vista encanto nuevo: yo he sufrido por fin; me he aniquilado con mi fuego y mi llanto, y desde luego

debieran persuadirtelo tus ojos: si tus ojos pudieran un momento en mi vista pararse... ¿mas que digo?

¿esta declaración que ahora te he hecho te imaginas que sea voluntaria?

errante, llena de ansias y de zelos por la suerte de un hijo, à quien creíste

este oficio deber; mi unico intento fué pedirte que no le aborrecieras;

proyecto debil de un amante pecho lleno de lo que adora... ¡ay de mí triste!

yo sola pude hablarte à tí mesmo: vengate pues; castiga en mi la injuria

de amor tan detestable y tan perverso; hijo digno del Heroe respetable

à quien debes la vida y el esfuerço: liberta al Universo de este monstruo.

¡Santos Dioses! ¡la Viuda de Teseo osa querer à Hipolito su hijo!

un monstruo tan horrible debe presto aspirar por tu furia vengadora:

vé aqui mi corazon, y por el medio debe herirle tu brazo que impaciente,

porque te expie su delito horrendo, se adelanta al encuentro de tu brazo;

traspasamele pues, y si mi pecho no es digno de tus golpes, si à tu oído

le parece mui digno este tormento; ò sino quieres empañar tu mano

en sangre tan inmundada, por lo menos, sino tu brazo, prestame tu espada;

damela pues, y aqui...

Enon. ¡Qué es esto Cielos! ¿què es lo que haceis, Señora? que delirio...

pero ay que gente viene: entraos presto.
Vase Fedra y Enone.

SCENA VI.

Hipolito y Teramene.

Ter. ¿Señor, què es lo que miro? Fedra os huye,

ò mas presto la arrastran: ¿pues que es esto?

¿porque estais alterado sin espada, perdido de color y sin aliento?

Hip. ¡Ay Teramene! huyamos; mi sorpresa

no puede ser mas grande: yo me veo con horror á mi mismo: amigo, Fedra... pero no; que este barbaro secreto que se ahogue para siempre en el olvido.

Ter. Señor, si quereis irs, ya en el puerto vuestras naves aguardan; pero Atenas se ha declarado al fin; ya recogieron los votos de las Tribus sus Caudillos, ya vuestro hermano ha conseguido el

Reino; en su favor los mas se declararon, y Fedra vence.

Hip. Fedra; justos Cielos!

Ter. Un Rey de armas que Atenas representa,

ha venido á Palacio con intento de entregarle las riendas de el estado: ya su hijo es Rey, Señor.

Hip. ¡Dioses eternos!

que veis su corazon; ¿son sus virtudes las que recompensais?

Ter. Se anda diciendo

que Teseo respira, y aun se añade que algunos en Epiro ya le vieron; mas yo que lo busqué, sé quan errado...

Hip. No importa, Teramene, será cuerdo,

que lo apuremos todo: no se excuse alguna diligencia; examinemos ese rumor; busquemosle el origen: partamos prontamente de este suelo, y en manos que son dignas de gozarle, á toda costa el cetro coloquemos.

ACTO TERCERO.

SCENA I.

Fedra y Enone.

Fed. Que me escusen los fríbolos honores

que Atenas me remite. ¿En este estado quieres que de ninguno dexé verme? ¿con que te viene ahora lisonjeando mi consternado pecho? tu debieras ocultarme del mundo: ya mis labios demasiado dixerón: mis furores se han descubierto ya, y he pronun-

ciado lo que nunca debiera haberse oído: ¿de que modo lo estaba él escuchando! ¿cómo eludir queria mis discursos! ¿con artificio el mas disimulado, de retirarse no veía la hora! ¿y quanto su poder y su embarazo redoblaron el mio! cruel Enone, ¿porque impediste mi violento brazo? ¡ay de mi! quando ya su espada iba á herirme el corazon, ¿le has observado turbacion ni piedad? ¿hizo siquiera para impedir el golpe algun amago? bastaba que una vez mi mano impura empuñado la hubiese; mi contacto se le hacia execrable, y él creía que aquel azero maucharia su mano.

Enon. ¿Así, Señora, procurando siempre en sentir vuestro misero quebranto, estais alimentando el fuego mismo que debiera extinguir vuestro cuidado? ¿no sería mejor como de Minos, digna sangre, buscar vuestro reparo en afanes mas nobles? ¿de la fuga el remedio escoger contra un ingrato reinar, y de un estado que os implora admitir el gobierno Soberano?

Fed. ¿Qué me dices, Enone? ¿qué yo reine?

¿qué sugete á mis leyes un estado, quando ya mi corazon sobre mi misma reinar no puede? ¿quando en mi no hallo

el Imperio menor de mis sentidos? ¿quando apenas respiro en mi quebranto oprimida de un yugo vergonzoso? ¿quando me mnero en fin?...?

Enon. Huid, alejaos.

Fed. Yo no puedo apartarme de su vista.

Enon. Vos pudisteis, Señora, desterrarlo, vos podreis huir de él con un esfuerzo,

No,

Fed. No, Enone, ya no es tiempo; que el ingrato sabe ya mis ardores indecentes; yo he pasado los límites sagrados del austero pudor; he descubierto mi vergüenza à mis ojos, y han mirado

un rayo de esperanza mis delirios; tu misma de mis míseros desmaios me volviste à la vida, y reteniendo el alma que asomaba ya à mis labios, sufriste con consejos lisonjeros resolverme à vivir: me has dicho claro que le podía amar.

Enon. ¿Y que no hubiera emprendido mi afecto por salvaros, con delito, ò sin él? pero, Señora, ¿podeis olvidar nunca los agravios de ese monstruo sobervio y orgulloso? ¿con que ojos fieros, con que gesto extraño

os dexaba estar casi arrodillada, porque Fedra en aquel momento amargo mis ojos no tenía...

Fed. Mira, Enone, él puede con el tiempo ir desechando ese feróz orgullo que te ofende; en las montañas rusticas criado, todavia conserva su rudeza; endurecido desde tiernos años quizás hablar de amor ahora ha sentido: si; hablar de amor ahora habrá escuchado por la primera vez, y su silencio puede nacer del mismo sobresalto; si es así, nuestras quejas son injustas.

Enon. Pensad que una Amazona le ha formado en su barbaro vientre.

Fed. Mas la misma, aunque Scita y feróz, se ha sugetado à las leyes de amor.

Enon. Señora, él mira à nuestro sexo con horror y enfado.

Fed. Mejor, pues que con eso à otra querida

no veré que la trate con agrado: en fin, Enone, dexa tus consejos,

ya no son de sazón esos reparos; sirve, no à mi razón, sino à mi llam si Hipolito resiste à mis alhagos con corazón feróz è inaccesible, para acertar él golpe y atacarlo, es menester buscarle aquel parage en que sensible sea: los encantos de un Imperio parece que le agradan. Atenas le traía: ya sus barcos habian vuelto las proas à aquel rumbo y el velamen ondeaba, abandonado al gusto de los vientos: corre, Enone, corre y vé al ambicioso, habla al ingrato;

hoi brillará à sus ojos la corona. que él se ponga el Diadema soberano sobre su hermosa frente; yo no aspiro ni quiero mas honor, cetro ni mando que el placer de ceñírselo yo misma: cedámosle un poder, que necesario será por fin cederle: él à mi hijo quizá querrá servir de padre y Ayo, enseñándole el arte de gobierno: yo à un mismo tiempo pongo entre sus manos

à la madre y al hijo... en fin, Enone para rendirle, tiente todo quanto imaginar pudieses; tus discursos mas que los míos hallarán agrado: llora, ruega y estrecha: dí que Fedra está para morir: sin embarazo sírvete de un estilo suplicante: de nada de lo que hagas, por doblarlo te sabré desmentir; que ya en tí sola pongo mis esperanzas: vé volando; vuelve con prontitud, que aquí te espero, y solamente tu respuesta aguardo para reglar mi mísero destino...

Vase Enone.

SCENA II.

Fedra sola.

Fed. O tu, que ves el vergonzoso paso à que desciendo, Venus implacable, ¿tu pertináz furór no se ha saciado?

tu

tu misma no supieras de que modo llevar mas adelante mis escarnios: ya tu triunfo es perfecto, y tu venganza

todos sus crueles golpes ha logrado: tirana, si es que quieres una gloria de que puedes sacar honor mas alto, ataca un corazon que te es rebelde; Hipolito te huye, y despreciando el rigor de tu saña, sus rodillas jamás en tus altares ha doblado: tu nombre ofende á su altivez grosera: Diosa, vengate en él; ambos estamos igualmente ofendidos: mas, ¿qué es esto? ¿Enone, ya tu vuelves? ¿que el ingrato me detesta? ¿siquiera no consiente en oirme?

SCENA III.

Fedra y Enone.

Enon. Señora, llegó el caso de que vuestra alma olvide la memoria de un amor tan terrible como vano, y que de su virtud solo se acuerde: el Rey que muerto todos han juzgado, se os va á poner delante de los ojos, y vendrá á este paraje de aquí á un rato: Teseo ahora de llegar acaba: el pueblo para verle apresurado corre y se precipita: yo salia por orden vuestra á Hipolito buscando, quando mil gritos que hasta el Cielo suben...

Fed. Dioses eternos, ¿qué es lo que he escuchado? mi esposo vive ¡o Cielo! esto me basta; él vive todavia, y yo he explicado el amor indecente que le ultraja, este furioso amor... cierra los labios; no quiero saber mas.

Enon. ¿Pues que, Señora?

Fed. En las venas la sangre se me ha helado: bien te lo habia predicho; tu obstinada no has querido creerme: tu infiel llanto á mis remordimientos ha vencido; esta misma mañana iba espirando

digna de ser llorada, ya ahora espiro llena de deshonor, digna de escarnio.

Enon. ¿Vos morireis, Señora?

Fed. ¡Oh Dios! ¿qué escucho?

¿qué mi esposo vendrá con su hijo al lado,

y yo veré al testigo de mi infame, de mi adultero ardor, ardor insano que me estará observando, si es que lle-

go á encontrar á su padre, con descaro? él me podrá observar, que luego á hablarle

con mi pecho infeliz, lleno y cargado de suspiros, que oír él no ha querido con los ojos bañados en un llanto, que aquel ingrato ha visto con desprec-

cio: ¿puedes Enone, haber imaginado que el honor de su padre no le asiste, y que quiera ocultarle el incendio ardor que me devora? ¿te persuades á que pueda sufrir tan grande agravio de su padre y su Rey? no podrá él mismo

contener el horror y desagrado con que es preciso que me mire siempre: ¡mas ay! que su silencio fuera vano: yo sé mi iniquidad, y no soy de esas mugeres atrevidas, que gozando de una tranquila paz de sus delitos se han formado un semblante descarado que nunca se averguenza: conozco quales son mis infamias: las repaso en mi triste memoria, y me parece que estas mismas paredes tienen labios, y esperan á mi es poso por contarle la vil perfidia de mis desacatos.

Muramos pues, y que una muerte pronta

de tanto mal acabe los estragos: muramos otra vez, y sobre todo ¿el dexar de vivir es tanto daño? para los corazones infelices no tiene horror la muerte, no me espanto,

mas que del triste, y detestable nombre q̄ tras mi he de dexar. ¡Ay Dioses altos!

C

¡qué

¡qué horrible herencia de mis tristes hijos!

la sangre del Consorte Soberano que en sus venas tambien esta la tiene, debe inflamar su espiritu bizarro: pero por mas orgullo generoso que les inspire origen tan sagrado, son siempre los delitos de su madre manchas tales que deben humillarlos: yo temo que algun dia les baldonen de una madre culpable el desacato, y temo que oprimidos con el peso de ver mi honor y nombre deshonorados,

no osen siquiera levantar los ojos.

Enon. Lo que decis, Señora, está muy claro,

con lastima los miro, jamás hubo ni mas justo temor, ni mas fundado: ¿pero porque á tan miseras afrentas le quereis exponer? ¿porque acusaros pretendéis á vos misma? pues Señora, si ahora no vais á verle, es necesario que se piense que Fedra delincuente teme los ojos de su esposo airado: Hipolito es feliz, pues que vos misma quereis á sus discursos temerarios todo credito dar con vuestra muerte: ¿qué podrá responder mi triste labio á vuestro acusador? sin pena alguna me podrá confundir, y yo llorando le escucharé jactar su horrible triunfo, y contar vuestros miseros agravios á quien los quiera oír. ¡Ah! que primero me destrozé la colera del hado:

no, no lo sufriré: pero, Señora, decidme una verdad, habladme claro, no engañeis mi deseo de serviros:

¿aun está vuestro pecho enamorado? ¿con que ojos mira ahora vuestro afecto de este Principe altivo los encantos?

Fed. Como de un monstruo horrible.

Enon. Pues, Señora,

¿porque quereis cederle todo el lauro? vos recelais que Hipolito os acuse, pues id vos y avisadle de antemano: del delito que vayais á imputarle, ¿quién podrá desmentiros? los acasos

están todos contra él: su espada misma que dexó por fortuna en vuestras manos;

vuestras presentes y pasadas penas; su propio padre que ha escuchado tanto vuestras amargas quejas: finalmente su destierro por vos solicitado.

Fed. Que yo oprima, y acuse la inocencia no, Enone, es mucha infamia.

Enon. Mis engaños

solo vuestro silencio necesitan: tambien yo como vos estoi temblando siento en mi alma voráz remordimiento,

y mas quisiera con valor osado padecer muchas muertes: mas, Señora pues sin este remedio, aunque tirano es preciso perderos; vuestra vida tiene para mi amor precio tan alto que le cedo quanto hai: dexadme sola yo lo manejaré, que aunque irritado quede con mis avisos vuestro esposo imagino que todos sus enfados pararán solo en desterrar á su hijo. Un padre que castiga va despacio, y un suplicio ligero es suficiente para templar su saña; pero aun quando se derramara la inocente sangre; ¿qué no debe quedar atropellado por salvar vuestro honor? este tesoro es muy precioso para aventurarlo: para salvar vuestra honra combatida sacrificarlo todo es necesario, y aun la misma virtud. Pero, Señora, vuestro esposo hácia aqui se vá acercando.

Fed. ¡Santos Cielos! ¿qué Hipolito le sigue ya en sus ojos crueles he mirado que me quiere perder. Querida Enone, házlo que te parezca: yo me encargo, me abandono á tu zelo: tan turbada se encuentra mi razon que no me hallo la fuerza ni el valor de gobernarme,



SCENA IV.

Teseo , Hipolito, Teramene y dichas.

Tes. Ya , Señora , por fin menos tiranos se me muestran los Dioses este dia, pues permiten que pueda en vuestros brazos...

Fed. Deteneos Teseo ; vuestro afecto no profane conmigo esos alhagos: yo no merezco ya vuestras caricias; vos estais ofendido: hado contrario tambien ha perseguido à vuestra esposa, y siendo indigna ya de vuestro lado, solo debo pensar en ocultarme.

Vase con Enone.

SCENA V.

Teseo , Hipolito y Teramene.

Tes. Hijo mio , ¿qué modo tan extraño de recibir à vuestro padre es este?

Hip. Solo Fedra, Señor, estos arcanos os puede descubrir : pero si pueden algo con vos mis ruegos humillados, permitid que jamás à verla vuelva: sufrid que para siempre retirado el infeliz Hipolito no habite los sitios en que Fedra está habitando.

Tes. ¿Vos dexarme , hijo mio?

Hip. Mi designio nunca ha sido buscarla ; à este palacio vos la hicisteis venir; vos disteis orden para que se quedasen entre tanto Fedra y Aricia juntas , y à mi zelo de guardarlas hicisteis el encargo: vos, Señor, habeis vuelto: ¿qué motivo me puede detener ? ya demasiado mi briosa juventud en las montañas ha mostrado su ardor siempre lidiando contra enemigos viles: ¿no es ya tiempo de dexar un reposo vil y baxo? y de que empieze ya à manchar mis armas

en sangre digna de un valor bizarro?

¿de un valor heredado de tí mismo?

permitid pues, Señor, que llegue el caso

de ocupar mi valor ; y si algun monstruo

se ha podido escapar de vuestra mano, sufrid que traiga à vuestros pies invictos

sus sangrientos despojos ; ò acabando mi vida en imitar vuestras empresas, haré ver à los siglos mas lejanos que soi digno , Señor , de ser vuestro hijo.

Tes. ¿ Cielos, qué es lo que veo ? ¿qué he escuchado?

¿ qué discordia feróz, que cruel veneno vá en mi infeliz familia derramando sus espantosos y tremendos males ?

quando por fin buscando mi descanso vengo de mi familia al dulce seno, me reciben con miedos, con espantos: todos huir procuran de mis ojos ,

todos quieren negarse à mis abrazos, y yo mismo sintiendo los terrores

que inspiro à los demás, estoi deseando volver à verme en mi prision pasada: pero hijo , dilo tu , dimelo claro:

¿ quien es quien me ha ofendido? ¿ qué insolente

se me pudo atrever ? ¿ porque vengado no estoi de sus ultrages? ¿ qué la Grecia

à quien tanto sirvió mi fuerte brazo ha dado al delincente algun asilo?

¿ pero qué es esto? ¿ tu no abres los labios? ¿ qué es lo que veo , Soberano Cielo?

¿ pues que : mi hijo tambien , mi hijo amado

conspira contra mi ? vamos à dentro que no puedo vivir en afau tanto,

que el corazon me parte: averiguemos quales son los delitos y el malvado:

y hagamos , que por fin Fedra me explique

las causas del terror en que la hallo.

Vase Teseo.

SCENA VI.

Hipolito y Teramene.

Hip. ¿ Teramene, qué es esto? ¿ qué pretende

Fedra con un discurso que ha llenado mi corazon de horror? ¿pues que entregada

siempre à su ceguedad su animo incauto se quiere asi perder? ¡Cielos Divinos!

¿qué es lo que dirá el Rey? ¿qué negros hados,

que veneno feróz el amor fiero en su infelice casa ha derramado?

hasta yo mismo pertináz me enciendo en un ardor que su ódio está impróbando,

¿cómo me vió otra vez! ¡y cómo me halla!

no sé que tristes lugubres desmayos

siente mi corazon: mas la inocencia

no tiene que temer; amigo, vamos,

busquemos algun medio que conmueva

de un padre los afectos; declarando

un fuego que si quiere tarbar puede,

pero que nunca dexará apagado,

ACTO CUARTO,

SCENA I.

Teseo y Enone.

Tes. Cielos, ¿qué es lo que escucho? ¿un temerario,

un vil traidor, ultrage tan extremo

al honor de su padre preparaba?

como me afliges, ó destino fiero!

yo no sé donde estoi, ni sé tampoco

donde mis pasos van. ¡O afectos tiernos!

¡ò bondades mui mal recompensadas!

¡proyecto atróz! ¡horrible pensamiento!

¡idea detestable! ¡el insolente

por coseguir sus barbaros deseos

imploraba el recurso de la fuerza!

yo he visto por mis ojos ese azero

que el instrumento ha sido de su rabia:

ese azero infeliz que en otro tiempo

mi mano le entregó para otros usos;

ni aun de la sangre el lazo mas estrecho

le pudo detener, ¿y Fedra hacia

vivir à este traidor con su secreto?

¿queria su indulgencia sin venganza dexar tanta maldad?

Enon. Este silencio

era en Fedra, Señor, unicamente

por no causar dolor à un padre tierno

vergonzosa del barbaro desigño

de un amante juicioso, y del perverso

amor en que por ella se ha inflamado.

Fedra moria, y con valor resuelto

iba à extinguir de sus amantes ojos

la luz siempre inocente: yo le veo

el brazo levantar: corro ligera

à impedir aquel golpe y le detengo:

yo soy quien hasta aqui la ha conser-

vado

à las caricias del afecto vuestro:

y lastimada à un tiempo de sus penas,

y vuestras inquietudes, mi leal zelo

ha servido de interprete à su llanto.

Tes. El infame: no pudo su vil pecho

dexar de conturbarse en mi presencia:

yo le observé quando llegó à mi encuen-

tro,

temblando de temor y las tibiezas

de sus frios abrazos, de mi afecto,

el corazon, ternura... pero dime,

¿en Atenas habia descubierto

ese culpable amor que le devora?

Enon. Acordaos, Señor, de los lamentos

con que la Reyna se quexaba: su ódio

de este amor delincuente era el efecto,

Tes. ¿Luego volvió è encenderse aqui en

Trecena?

Enon. Ya os he dicho, Señor, todo el suce-

ceso:

la Reyna quedó sola y entregada

à la angustia mortal de sus tormentos:

permitidme que vaya à acompañarla. va.

SCENA II.

Teseo y Hipolito.

Tes. ¡Ah! vele aqui el traidor, ¡Dioses eternos!

¿quien viendo aire tan noble no se debe

engañar como yo? ¡Divinos Cielos!

¿es posible que pueda en el semblante

de un adultero vil que arde en incesto,

bri-

brillar de la virtud el soberano
y sagrado caracter? ¿pues que el pecho
de los falsos mortales no debiera
reconocerse con indicio cierto?

Hip. ¿Mi respeto filial podrá atreverse
à preguntaros que funesto ceño
turba, Señor, vuestro semblante au-
gusto?

¿os dignais confiar este secreto
à mi rendida fé?

Tes. ¿Perfido! ¡indigno!

¿y tu tienes valor y atrevimiento
de parecer delante de mis ojos?
monstruo feróz, à quien ha mucho tiempo
que los rayos perdonan: resto infame
de los viles malvados, que mi esfuerzo
destruyó por vengar à todo el mundo:

despues que los ardores de tu fuego
llenos de impuro horror han insultado
de tu padre infeliz el nupcial lecho,
¿aun tienes la osadia de venirme

à presentarme un rostro tan perverso?
¿tu à parecer te atreves en lugares,
testigos de tus barbaros excesos,

y no vas à buscar en otras tierras
Climas desconocidos, donde el eco
de mi nombre jamás haya llegado?

huye de aqui, traidor, vete corriendo
y no irrites mi enojo, ni provoques
una furia que apenas la contengo:

à mí me basta el infeliz oprobio
de haber dado la vida à un monstruo
fero,

sin que tambien tu muerte à Esparta
vengue

hoi la ilustre memoria de mis hechos:
huye pues de aqui, infame, sino quieres
que yo te junte con los monstruos fieros

que castigó mi mano: ten cuidado
de que jamás el Sol vea que has puesto
la temeraria planta en este sitio:

huye te digo, y arrastrando luego
tus pasos donde nunca vuelva à verte,
libra mis Reynos de tu noble aspecto:

y tu, Neptuno, tu, Numen sagrado,
que eres mi tutelar; si en otro tiempo
mi valor ha limpiado tus orillas

de infames asesinos, ház recuerdo

de que por premio tu me prometiste
el premio concederme de mis ruegos;
en mi larga prision no he reclamado
tu poder inmortal; pues mis deseos
avaros del socorro prometido
de tu palabra en el sagrado empeño,
à costa de el dolor se reservaban
para implorarte en casos mas estrechos:
hoi te imploro, Neptuno, venga airado
à un infelice padre; y yo te entrego
ese traidor à toda tu violencia;

si; à tu violencia, à tu rigor severo.

Hip. ¿Qué es lo que escucho, Dioses? ¿Fe-
dra acusa

à Hipolito de ardores y deseos?

este exceso de horror confunde à mi al-
ma:

tantos golpes, tan barbaros y fieros
à un tiempo me comprimen y me quitan
la razon, las palabras y el aliento.

Tes. Traidor, tu imaginaste que sin duda

Fedra sepultaria en el silencio
el brutal desacato de tu arrojó:

pero debias quando fuiste huyendo,
no abandonar tan torpe y ciegamente
en las manos de Fedra el vil azeró;

ó antes era mejor que completando
las barbaras perfidias de tu pecho
la quitases la vida y las palabras.

Hip. Irritado, Señor, de que os han hecho

creer mentira tan vil, ahora debiera
deciros la verdad; pero reservo

un secreto que debe disgustaros:

aprobad la templanza y el respeto

que me quitan la voz, y sin que quiera

vuestro afán aumentarse los tormentos,
examinad mi vida solamente

y pensad en quien soi: algun exceso
precede siempre à los delitos grandes:

aquel que empieza de lo justo y recto
el confia à pasar, luego se excede,

y viola injusto todos los derechos:

los delitos à igual de las virtudes

tienen su progresion: no tiene exemplo
que la inocencia pase de repente

al extremo desorden; ni mui presto

de un hombre que es virtuoso se hace

un impio,

un incestuoso ò asesino fiero
 formado yo en el seno de una casta:
 heroína respetable, con mis hechos
 jamás he desmentido mi alto origen;
 despues quiso dignarse el gran Piteo,
 tenido entre los hombres por mui sabio
 de educar mi niñez, desde el momento
 que salí de los brazos de mi madre:
 yo, Señor, alabarme no pretendo;
 mas si alguna virtud en mi reside,
 he hecho ver sobre todo un ódio terco
 à ese mismo delito que me imputan:
 solo por él, Hipolito, se ha hecho
 conocer en la Grecia, y su desvio
 pasaba de virtuoso à ser grosero.
 Todos saben, Señor, de mis disgustos
 el rigor inflexible: el mismo Cielo
 no es mas puro que mi alma, y sin em-
 bargo
 quieren que yo inflamado en tan vil fue-
 go...

Tes. Si, cobarde, y es ese mismo orgullo
 el que mas te condena: ahora compre-
 hendo

el odioso principio que ha tenido
 tu pertináz y rustico despego:
 Fedra sola encantaba tus osados,
 tus impudicos ojos; y tu pecho
 insensible al alhago y la hermosura
 de otro objeto, miraba con desprecio
 de una llama inocente los ardores.

Hip. No, mi padre: este pecho (ya no es
 tiempo

de ocultartelo mas) no ha desdeñado
 de un casto amor el encendido fuego:
 os confieso mi culpa verdadera:
 Señor, yo amo, es cierto: Aricia sola
 ha sugetado à su divino Imperio
 mi corazon: la hija de Palante
 ha vencido à vuestro hijo: yo la quiero,
 y mi alma à vuestras ordenes rebelde
 no puede suspirar por otro objeto.

Tes. ¿Será verdad que tu quieres à Aricia?
 pero no; el artificio es mui grosero;
 y te finges ahora delinvente
 por esconder delito mas horrendo.

Hip. Ha seis meses, Señor, que aunque la
 evito,

à mi pesar la adoro; y mi respeto
 ahora venia temblando à confesaros
 mi temerario amor: ¿pero que es esto
 ¿nada os puede sacar de error tan grande
 ¿quereis que os haga horribles juramentos
 que la tierra y el Cielo me confundan
 que la naturaleza...

Tes. A los perversos
 cuesta siempre mui poco el ser perjuro
 cierra, indigno, los labios indiscretos,
 si tu falsa virtud artificiosa
 hallar no puede mas seguros medios.

Hip. ¡Ay Señor! mi virtud falsa os parece
 y llena de artificio! pero pienso
 que Fedra en su interior mehará justicia

Tes. Tu osadia insolente ahora de nuevo
 irrita mi rencor.

Hip. Señor, ¿que tierra,
 que tiempo prescribis à mi destierro?

Tes. Si mas allá te vieran mis furoros
 de las columnas de Hercules, aun creo
 que estaria mui cerca de un indigno.

Hip. Cargado con delito tan horrendo
 como el que me atribuis, ¿qué amigos
 pueden

si vos me abandonais, verme sin tedio?

Tes. Vete à buscar en otra parte amigos,
 cuyo espiritu aplauda el adulterio,
 otros traidores perfidos è ingratos,
 sin honor y sin fé, que compañeros
 merezcan ser de un impio como tu eres.

Hip. De adulterios, perfidias, y de incestos
 me estais hablando siempre... nada digo:
 pero Fedra, Señor, nació de un seno,
 de un seno, de una sangre que está llena
 mas que la mia de esos desafueros.

Tes. ¿Qué insolente! ¿tu rabia despechada
 pierde ya toda suerte de respeto?
 por la postrera vez yo te lo mando;
 quitate de mis ojos, vete luego:
 vete de aqui, traidor, huye mi enojo;
 no esperes à que un padre de ira lleno
 te haga arrancar por fuerza de su vista.

Vase Hipolito.

SCENA III.

Teseo solo.

Tes. ¡Miserable! à la muerte vas corriendo.

Nep-

Neptuno , por el rio que es temible
 aun á los Dioses me hizo juramento
 de executar sin falta su promesa:
 un Numen vengador te va siguiendo;
 y no puedes huirle : yo te amaba,
 y ya por tí se me estremece el pecho:
 mas tu me has precisado á condenarte:
 no ha habido padre en todo el Universo
 tan cruelmente ultrajado. Santos Dioses,
 que mirais mi dolor, y mis tormentos,
 ¿como di yo la vida á tan mal hijo?

SCENA IV.

Fedra y Teseo.

Fed. Señor, de temor llena á hablaros vëgo:
 vuestra terrible voz á mí ha llegado,
 y recelo que siga un pronto efecto
 á vuestras amenazas: si, aun no es tarde,
 respetad vuestra sangre; yo os lo ruego
 con lastima mirad vuestra familia:
 libradme del horror de estarla oyendo
 darsiempre contra mí tristes clamores:
 no me prepare vuestro enojo fiero
 el dolor de causar que cruel derrame
 su propia sangre el impetu paterno.

Tes. No Señora; hasta aquí no se ha teñido
 mi mano con mi sangre: no por esto
 se ha escapado el traidor de mi venganza,

otra mano divina sabrá hacerlo
 con mas seguros golpes: ya Neptuno
 q me hizo el mas solemne ofrecimiento
 va á executarle, y quedareis vengada.

Fed. Neptuno á executarle ¡justo Cielo!
 porque vuestro furor...

Tes. Y que , Señora,
 su castigo pudiera entristeceros!
 vos debierais juntaros con mis iras:
 pintarme sus delitos , sus excesos
 con todo el colorido de su infamia,
 y encender de mi enojo lo violento:
 vos aun no conoceis de sus maldades
 toda la iniquidad , y sus despechos
 contra vos se derraman en injurias:
 dice que vuestros labios están llenos
 de imposturas atroces ; que sostiene
 que su amor y su fe se sometieron

á las gracias de Aricia, y que la adversa...

Fed. Que , Señor...

Tes. El lo ha dicho ha poco tiempo,
 pero yo he conocido su artificio:
 vamos pues , Señora , y esperemos
 que el gran Neptuno nos hará justicia:
 yo dirijo mis pasos á su Templo,
 para pedirle al pie de sus altares
 que cumpla su inviolable juramento. *va.*

SCENA V.

Fedra sola.

Fed. ¡Cielos Divinos! ¿que es lo que he
 escuchado?

¿qué noticia cruel , que activo fuego
 mal extinguido se dispierta en mi alma?
 ¿qué rayo atróz! ¿qué aviso tan funesto!
 yo volaba al socorro de su hijo,
 y arrancandome rapida del seno
 de la espantada Enone , ya cedia
 al tirano y voráz remordimiento
 que me comprime el animo. ¿Y quien
 sabe

á donde iba á parar mi dolor fiero?
 quizá yo misma hubiera consentido
 en declarar mi engaño , y si el aliento
 no me faltára allí , tal vez se hubiera
 salido de mis labios el secreto.

¡Santos Dioses! ¿Hipolito es amante?
 ¿él tiene un corazon sencillo y tierno,
 y á mí me tiene horror? ¿Aricia sola
 tiene su corazon , logra su afecto?

¡Ay misera de mí! quando el ingrato
 inexorable á mis rendidos fuegos
 armaba contra mí sus fieros ojos,
 y ponía en su rostro tanto ceño,
 creía que amor siempre insensible
 así se armaba contra todo el sexo
 mas qual era mi error! otra ha sabido
 sugetar su altivez , ¡otra está viendo
 en sus ojos crueles mas ternezas!
 tal vez él tiene un corazon ligero
 facil de enamorarse : y soi solo
 objeto que á su amor le causa tedio:
 y yo me encargaria del cuydado
 de prostituir mi honor por defenderlo.

SCE-

Fedra y Enone.

Fed. ¿Sabes, Enone mia, lo que acaba de escuchar mi dolor?

Enon. No; mas yo vengo temblando del designio que os hacia buscar al Rey, porque quedé temiendo algun favor que os fuese muy dañoso.

Fed. Enone mia, ¿quien pudiera creerlo? Hipolito es amante.

Enon. ¿Es amante?

Fed. Amante que idolatra, y yano puedo tener la menor duda: ese salvage enemigo feróz, ese severo aspero corazon que yo creía incapaz de domar, ese sobervio que nunca osé mirar sino temblando, ya sometido, docil y sugeto halló quien le rindiera: en fin, Aricia ha encontrado el camino de su pecho.

Enon. ¡Aricia! ¿que decis?

Fed. Dolor amargo que aun no habia probado. ¿A que tormento

nuevo y terrible estaba reservada? quanto he sufrido hasta ahora... mis des-

pechos, mis temores, la viva voráz llama de mis furiosos incendarios fuegos: la injuria de sus barbaros desdenes, y el horror de mi cruel remordimiento, aun no es sombra ligera, aun no es ama-

go á el horrible tormento que padezco.

¡Ellos se quieren! ¿cómo? y han podido alucinar mis ojos y mis zelos?

¿cómo han podido verse? ¿desde quando?

¿en que lugar? ¡Dioses! dilo presto,

tu lo sabes, cruel: ¿pues porque causa no me has dicho ese barbaro secreto?

¿porque no me has instruído de su ardiente

disimulado amor? dime: ¿los vieron

hablarse muchas veces? ¡Santos Dioses!

ellos podian verse sin recelo:

los Cielos aprobaban la inocencia

de sus suspiros blandos y alhagueños;

ellos seguian sin zozobra alguna la dulce inclinacion de sus afectos; y para ver su amor amanecian todos los dias claros y serenos; pero yo triste objeto, infeliz blanco de la naturaleza andaba huyendo de el Cielo, de la luz, y aun de mi misma:

la muerte era el Dios solo que mi aliento se atrevia á implorar, y cada instante de mi vida fatal era un despecho: de hiel y llanto solo alimentada, y de testigos llena, en mi desvelo no tenia siquiera el triste alivio de llorar á mi gusto, ni mi pecho gozaba este placer sino temblando, y obligada á ocultar mis males fieros con sereno semblante, era preciso privarme de mi llanto mucho tiempo.

Enon. Mas, Señora, ¿que fruto sacar pueden de sus vanos inútiles afectos?

ellos no volverán á verse nunca.

Fed. Pero se amarán siempre. ¡Ay qué tormento!

en este instante mismo en que te hablo quizá se están burlando del despecho de una insensata y desgraciada amante, y á pesar de su padre y del destierro que los va á separar; de amarse siempre renovandose están los juramentos: no; me falta el valor; de sus amores ni siquiera la idea sufrir puedo: ten compasion, Enone, de mi vida: fuerza es perder á Aricia llegó el tiempo de despertar las iras de mi esposo contra una odiosa sangre, y ahora quiero excitarle á castigos mas crueles, los mas feroces y los mas violentos: este furor, delito de la hermana es mayor que el de todos sus abuelos, y para que mis zelos se despiquen he de valirme de él... ¿pero qué es esto? ¿donde va mi razon? que, yo zelosa, y aun el mismo Teseo á quien pretendo hacer ministro de mi cruel venganza, mi esposo vive? ¡yo rabio de zelos! ¿y por quien rabio? ¿qual es la persona que solicita mis delirios griegos?

cada palabra de estas me estremece,
y hace que se me erizen los cabellos:
yo he completado toda la medida
de mis delitos barbaros y horrendos:
ya consume mi honor, y ya respira
à un tiempo la impostura y el incesto:
mis homicidas manos ya despiertas
están para vengarse, y sus deseos
son de mancharse en la inocente sangre.
¡Miserable! ¡y aun duran mis alientos!
¿y puedo sostener la vista airada
de este sagrado Sol de quien desciendo?
yo cuento por abuelo al alto padre
y Señor de los Dioses: todo el Cielo
y el mundo lleno está de mis mayores:
¿donde me esconderé? ¿donde huir puedo
para que no me vean? ea, huyamos
à la noche infernal: pero ¿qué pienso?
mi padre tiene allí la fatal urna,
él preside en la estancia de los muertos:
à su severa è inflexible mano
el hado la confió, y en el Aberno
à las pálidas sombras, menos juzga
qual será su dolor qual su tormento,
quando la suya absorta y espantada
vea à su hija por fuerza, descubriendo
tan diversos delitos, y delitos,
quizá ignorados en el mismo Infierno:
¿qué dirás, padre mio, quando mires
tan funesto espectáculo? ya veo
caer la urna terrible de tus manos:
ya te veo buscando atróz y nuevo
espantoso suplicio, y que te haces
de tu sangre infeliz verdugo fiero;
perdona; un Dios cruel, un Dios terri-
ble

tu familia ha perdido por entero;
conoce su venganza en los furores
de tu hija miserable. ¡Santo Cielo!
jamás mi triste amor recogió el fruto
de los delitos barbaros y horrendos,
cuyo error me persigue, y acosada
de tanto mal, ya mi postrer aliento
de una vida la mas desventurada,
ahora voy à entregar à los tormentos.

Enon. Ay Señora, dexad esas ideas
tan terribles, y ved con otro aspecto
un error ordinario y excusable;

vosamais, pero amais con grande exceso.
es preciso ceder à su destino:
por superior encanto vuestro pecho
se vió forzado à amar: ¿son por ventura
tan nuevos, è inauditos los exemplos?
¿pues que el amor no cuenta entre sus
triumfos
mas que solo el de Fedra? este defecto
es natural en todos los humanos,
vos sois mortal, y os cupo estar su-
friendo

la suerte de los otros: todos aman,
no solo los mortales, los excelsos
Dioses habitadores del Olimpo,
que el delito amedrentan con tan fiero
espantoso rumor, algunas veces
se han abrasado con impuro fuego.
Fed. ¿Qué es lo que escucho, Dioses? ¿qué
discursos

son los que tu pronuncias? ¿qué con-
sejos
son estos que me das? ¿conque tu quie-
res

emponzoñarme hasta el postrer aliento?
¡miserable! vé aqui como has venido
à seducir por fin mi flaco pecho:
tu me hiciste volver à ver el dia
de que ya mi razon estaba huyendo;
me obligaste con ruegos importunos
à olvidar mi virtud; todo mi intento
era no ver à Hipolito; tu sola
me has obligado à que volviera à verlo:
¡desdichada muger! ¿qué es lo que hi-
ciste?

¿de que se fué à encargar tu infame ze-
lo?

¿porque tu boca impia y mentirosa,
acusandole barbara, ha cubierto
con tan negro borron su bella vida?
él morirá quizá, y el impio ruego
de un insensato padre será oído:
no te quiero ver mas: vete, perverso
y odioso monstruo; vete, y à mi sola
dexa el afán de mi destino adverso;
quieran los justos Dioses dignamente
corresponder tus perfidos consejos,
y espante tu suplicio à los infames
que como tu, con modos lisongeros

excitan y fomentan las flaquezas
de los Reyes incautos , que perversos
le conducen al triste precipicio
à que se inclina con fatal despecho
su debil corazon , y los allana
el camino de todos los excesos
aduladores vilés y execrables,
presente el mas funesto que los Cielos
pueden dar en su colera à los Reyes
para extraviarlos del camino recto.

ACTO QUINTO.

SCENA I.

Hipolito , Aricia y Ismene.

Aric. Que, Señor, ¿vos callais à un tan urgente,

tan estrecho peligro? ¿à un padre tierno
quereis dexar en tan funesto engaño?
¿ah cruel! si à pesar de mis tormentos
teneis valor de consentir sin pena
el no volver à verme ; partid luego,
partid y separaos para siempre
de Aricia y de su amor ; pero à lo me-
nos

partid asegurando vuestra vida,
defended vuestro honor de tan funesto
vergonzoso baldon ; ya vuestro padre
forzado revocó sus crueles ruegos:
todavia no es tarde : ¿por que causa
quereis dexar con animo resuelto
el campo libre à vuestra acusadora?
oid , Señor , y decidse lo à Teseo.

Hip. ¿Ay Señora! ¿qué no le tengo dicho?
¿podia por ventura mi respeto
al publico sacar , y hacer presente
todo el infame oprobio de su lecho?
¿fuera justo decirle su venganza,
y que mi lengua fuera el instrumento
de hacer que de un rubor baxo , è in-
digno

se llegára à cubrir su rostro regio?
ninguna sino vos ha penetrado
de estos horrores el fatal misterio,
ni para desahogarse mi alma tiene

mas que à vos y à los Dioses: mis afec-
tos

no os pudieran callar lo que queria
ocultarme à mi mismo ; ved si os quie-
ro,

pero pensad , Señora , en el sigilo
con que os he revelado este secreto;
si es posible , olvidad lo que os he di-
cho,

jamás se ocupe vuestro puro aliento
en contar esta tragica aventura:
esperemos los dos en los eternos
equitativos Dioses: ellos tienen
interés en mostrar que no soi reo;
y la infelice Fedra , castigada
tarde , ò temprano ya de sus excesos,
huir no puede la ignominia justa:
esto es lo que de vos solo deseo,
en lo demás mi colera encendida
todo se lo permite , dexad luego
la cruel esclavitud con que os affige;
acompañadme pues , venid huyendo,
y procurad quanto antes alejaros
de este Palacio barbaro y funesto,
en que aire impuro la virtud respira:
aprovechaos , Señora , de este tiempo
por que pueda ocultarse vuestra fuga;
entre la confusion en que ahora ha pues-
to

mi desgracia à la Corte y à los grandes,
facilitar os puede ahora los medios
de asegurar con prontitud la fuga,
pues que mis guardias son tambien los
vuestros.

Ya nos llaman valientes defensores;
Argos los brazos nos está tendiendo;
tambien la brava Esparta nos convida:
vamos , Señora , pues ; vamonos luego:
nuestros amigos oigan nuestras quejas;
ni suframos que de este cruel momento
se pueda aprovechar la injusta Fedra,
y nos arroje del Dosel paterno,
y dé nuestros despojos à su hijo:
la ocasion es muy buena ; este es el
tiempo
de poderlo lograr , ni ahora hai peligro
que os pueda dar temor... ¿pero qué
veo?

¿vos estais titubeando? por vos sola,
y por vuestro interés así me enciendo:
quando soy todo fuego ¿porque causa
estais elada vos? ¿teneis recelo

de acompañar à un pobre desterrado?

Aric. Ay Señor, que tan placido destierro
me fuera apetecible: ¿con que gusto
me veria con vos en un desierto
de todos los mortales olvidada!
pero no habiendo aun el Himeneo
consagrado el amor; ¿podré resuelta
sin ofender mi honor iros siguiendo?
bien sé, Señor, que sin romper las le-
yes

de la austera virtud, librarme puedo
de la mano cruel de vuestro padre,
mi enemigo feróz en todo tiempo;
que esto es arrancarme vergonzosa
del paternal y respetable seno;
y es permitido huír de sus tiranos:
mas, Señor, vos me amais, y los re-
celos
de mi decoro y gloria...

Hip. No, Princesa;
de vuestra gloria yo cuydado tengo,
y os he venido à ver con una idea
que es mas digna de vos y de mis fue-
gos:

partid, Señora, huíd de estos lugares,
y seguid à un esposo amante y tierno:
librense nuestras miseras desgracias,
pues así lo ha ordenado el alto Ciclo:
ya de nadie dependen nuestros votos,
no siempre se ilumina el Himeneo
con brillantes antorchas; en las puertas
de la misma Trecena, y no muy lejos
de esas tumbas antiguas sepulturas
de mis progenitores, se vé un Templo
terrible y formidable à los perjuros:

en su sagrado y respetoso centro
no tienen osadia los mortales
de profanar los santos juramentos;
el perfido recibe un riguroso
inmediato castigo; y con el miedo
de encontrar una muerte inevitable,
la mentira no tiene mayor freno:
en este Templo, pues, de un amor san-
to,

con religioso voto juraremos
el vinculo immortal; los mismos Dio-
ses

que se adoran en él, del lazo eterno
serán fieles testigos, y nosotros
con su mismo fervor les rogaremos,
que nos quieran allí servir de padres;
yo imploraré su auxilio con respeto,
invocaré de todas las Deidades
los nombres mas sagrados, mas excel-
sos,

la casta Diana, la divina Juno,
y estos Dioses en fin, que de mi afecto
habran sido testigos, los fiadores
serán tambien de mis ofrecimientos.

Aric. Ay Señor, el Rey viene, idos vo-
lando,
y partid prontamente; yo un momen-
to

me quedo aqui por ocultar mi fuga,
partid pues, y dexadme algun sugeto
que mis timidos pasos encamine.

Vase Hipolito.

SCENA II.

Teseo, Aricia y Ismene.

Tes. Eternos Santos Dioses, que estoy
viendo
la obscura turbacion en que vacilo,
mostradme la verdad que busco inquie-
to.

Aric. Vé à disponerlo todo, fiel Ismene,
y dispon nuestra fuga en el momento.

Vase Ismene.

SCENA III.

Teseo y Aricia.

Tes. Vos mudais de color, y me parece
que se turba vuestra alma con mi aspecto;
mas, Señora, decid; ¿qué es lo que
hacia

Hipolito con vos en este puesto?

Aric. Señor, se despedia para siempre.

Tes. Vuestros ojos hermosos y alhagueños

han sugetado su valor esquivo,
y han sabido inspirarle los primeros
suspiros fervorosos, que ha exhalado
su pecho hasta aquí rudo.

Aric. Yo no puedo
negaros la verdad, el no ha heredado
vuestra adversion injusta.

Tes. Ya os entiendo;
os estaba jurando amor constante,
mas no os aseguréis en los afectos
de sus labios falaces, porque à otras
hace tambien los mismos juramentos.

Aric. ¿El, Señor?

Tes. Si Señora, y vuestro alhago,
menos falso y traidor debiera creerlo:
¿cómo podreis sufrir que de este modo
se divida su amor?

Aric. ¿Cómo vos mesmo
podeis sufrir que tales imposturas
se atrevan à empañar el cristal terso
de una vida tan bella? ¿que, tan poco
conoceis las virtudes de su pecho?

¿sois capaz de culpar à la inocencia
de delitos tan perfidos y horrendos?
¿será posible que una espesa nube
à vuestra vista sola está cubriendo
una virtud que à la de todos brilla?

¡Ay Señor! vos estais ahora muy ciego
y le entregais con barbara injusticia
de las perfidas lenguas el veneno;
dexad ese furor, y arrepentios

de vuestros impios y mentidos ruegos:
temed, Señor, temed que el Cielo justo
indignado del mero rigor vuestro

os aborrezca tanto que os conceda
tantos impios sacrilegos deseos:
muchas veces colericos reciben
un sacrificio barbara y sangriento,
su misma aceptacion entonces suele
ser la fiera mayor de los excesos.

Tes. Vos pretendéis en vano disculparle
de un hecho tan atróz, y vuestro afecto
os quita la razon por este infame;
mas yo testigos tan seguros tengo
que irrecusables son: yo mismo he vis-
to,

yo vi correr un llanto verdadero.

Aric. ¡Ay Señor! proceded con mas cautela:

vuestro invencible generoso aliento,
de muchisimos monstruos execrables
ha logrado librar al Universo;
pero todos, Señor, no están destruidos,
y todavia alguno está viviendo...

mas vuestro hijo me impide que prosiga,

pues estando enterada del respeto
que os conserva, ya sé que os affigiera
si acabára el discurso asi siguiendo
su pudor reverente: me retiro,
porque no se aventure mi silencio. *vas.*

SCENA IV.

Teseo y Guardias.

Tes. ¿Quales son las ideas, ¡Cielo Santo!
que oculta este discurso? ¿este misterio
pretenden deslumbrarme con alguna
fabulosa ficcion? ¿están de acuerdo
los dos pára apurarme? mas yo mismo
à pesar de un enojo tan severo...
¿que voz tan compasiva es la que es-
cuchó?

¿que secreto piadoso sentimiento
me turba el corazon, y me consterna?
segunda vez à Enone preguntemos:
yo quiero examinar muy por menudo
todas las circunstancias del secreto:
dadme luz, ¡Cielo Santo! en este abis-
mo.

Guardias, llamad à Enone, y venga
presto.

SCENA V.

Teseo y Panope.

Pan. ¡Ay Señor! yo no sé lo que la Rey-
na

está ahora meditando; pero tiemblo
de la horrible inquietud en que la mi-
ro,

una furia mortal, un cruel despecho
altera su belleza; y su tez cubre
el color de la muerte macilentos:
con colera y furor de su presencia

SCENA VI.

Teseo y Teramene.

à Enone despidió; y esta fué luego
à arrojarse de el mar en lo profundo;
no se sabe que causa à tan horrendo
designio la ha obligado; mas las ondas
la han sumergido à nuestros ojos mes-
mos.

Tes. ¡Qué es lo que escucho, Dioses So-
beranos!
¡ay de mi desdichado!

Pan. Este suceso
no ha calmado á la Reyna, antes pa-
rece
que su inquietud se aumenta por mo-
mentos;

algunas veces por templar su angustia
dice que quiere ver sus hijos tiernos:
los mira, los abraza y los inunda
en el llanto que vierte sobre ellos;
pero de allí à un instante la abandona
aquel dulce y materno sentimiento,
y con violenta mano los rechaza
y desvia de si como con tedio:
camina incierta sin saber adonde:
sus ojos vacilantes y perplexos
à ninguno conocen: por tres veces
se puso ahora à escribir con grande em-
peño,
y otras tantas rompió lo que habia es-
crito;
¡ay Señor! por los Dioses, id vos mes-
mo,
dignaos de socorrerla.

Tes. ¡Cielos Santos,
se mata Enone con furor violento!
¿y Fedra morir quiere? ¡ah! que me lla-
men,
que venga mi hijo aqui; ya estoi dis-
puesto
à escuchar sus defensas: tu, Neptuno,
no precipites ahora tus funestos
crueles beneficios, aunque nunca
vuelvas à oír con atencion mis ruegos:
yo he creído quizá muy facilmente
testigos poco fieles, y muy presto
hácia à ti levanté mis cruels manos,
¡qué feróz será, Dioses, mi despecho
si se cumplen mis votos!

Kase Panope.

Tes. Teramene,
¿adonde mi hijo está? yo à tu leal zel
le confié; pero dime, ¿de que nace
ese llanto que triste estás vertiendo?
¿donde Hipolito está?

Ter. ¡Cielos sagrados,
que afaes tan tardios y superfluos!
¡terneza inutil! ¡vanas atenciones!
¡ya Hipolito murió!

Tes. ¡Dioses eternos!

Ter. Yo he visto perecer el mas amante
de todos los mortales, y aun me atrevo
à decir al mas puro é inocente.

Tes. ¡Ya Hipolito murió! ¿qué es esto, Cie-
los?
¿quando mi amor le abria ya mis bra-
zos

para abrigarle en mi paterno seno
su muerte precipitan? pero dime,
¿como ha sido este golpe tan funesto?

Ter. Salimos por las pueras de Trecena,
Hipolito en su carro iba suspenso,
los Guardias que le cercan le acompa-
ñan
imitando su lugubre silencio:
caminaba confuso, y á Emizeras
sus tristes pasos iba dirigiendo;
su mano abandonada, desmayada,
las riendas que pendian sin esfuerzo
sobre la crespa crin de sus caballos:
estos caballos vivos y sobervios,
que llenos de un ardor noble y fogoso
obedecian de su voz al eco,
con velóz prontitud; ahora abatidos
con ojos mustios, con caido cuello
parecian que se iban conformando
con las tristes ideas de su dueño.

En este instante un grito pavoroso
que del fondo del mar salió violento,
turba el quieto reposo de los aires,
y otra voz formidable que del seno
de la tierra salia, le responde
con espantosos horridos acentos:
al oirlo la sangre en nuestras venas
se yela de temor y desaliento:

la crin se les eriza á los caballos,
y poco à poco sobre el campo terso
del mar undoso, una húmeda montaña
se va elevando, y crece en poco tiempo:
la ola se acerca, choca, se rebienta,
y allí vomita á nuestros ojos mesmos
un monstruo formidable: su ancha fren-

te
está armada con puntas: su gran cuerpo
se juzga invulnerable, pues le cubre
las escamas y conchas; y hecho à un
tiempo

impetuoso dragon, toro indomable,
su cola enrosca en mil giros diversos;
sus furiosos horrisonos bramidos
retumban en la orilla, y hasta el Cielo
vé con horror un monstruo tan horri-
ble:

tiembla la tierra, se estremece el viento:

la ola que le cargó ceja espantada;
todos huyen medrosos y dispersos,

y sin armarse de valor inutil

buscan asilo en el vecino Templo:

solo Hipolito, solo aquel glorioso

hijo digno de un Heroe se está quieto,

detiene sus caballos atrevidos,

toma sus armas, busca al monstruo fie-
ro,

y disparando con segura mano

un dardo contra él, le abre en el seno

una profunda y dilatada herida;

el monstruo dá bramido, y aun mas

recios;

y sensible al dolor, lleno de rabia

al pie de los caballos cae luego;

se rebuelca, y furioso les presenta

una boca inflamada, cuyo aspecto

los llena de terror, y en un instante

los cubre de humo, espuma, sangre y
fuego:

entonces el temor nos arrebatá,

corren precipitados, y ni el freno

ni la voz les detiene; su triste Amo

se consume en inútiles esfuerzos:

mas los caballos con espuma roja

el bocado ensangrientan siempre huyen-

po;

aun se dice que un Dios cruel è irritado,

los iba allí picando, y así el miedo
por entre aquellas rocas los despeña:

cruge el exe, se rompe, y el excelso,

el intrepido Hipolito, su carro

de bolar por el aire ya desecho

en menudas astillas, al fin cae

enredado en las riendas: ¡o tormento!

escusad mi dolor, esta terrible

imagen cruel será para mi afecto

eterno origen de un amargo llanto:

yo vi, Señor, yo vi con dolor fiero

arrastrar á vuestro hijo por los propios

caballos que criado habia él mesmo:

él quiere detenerlos y les grita,

pero su misma voz les dá mas miedo:

se precipitan mas desenfrenados,

y el cuerpo de aquel Heroe en breve

tiempo

se hace todo una llaga: aquellos campos

resuenan con las voces y los ecos

de nuestros tristes gritos: finalmente

cede de los caballos el aliento,

y se paran no lexos de esas tumbas,

en donde de los Reyes sus abuelos

yacen depositadas las reliquias:

corre á encontrarle mi angustiado zelo:

la guardia me acompaña, y es su san-

gre

el rastro que dirige el paso nuestro:

las rocas, y peñascos que pasamos

de su roxo color están cubiertos,

y los abrojos que augoteando estaban,

nos mostraban sus miseros cabellos:

llego por fin, le llamo por su nombre,

él me tiende la mano, y abre tierno

sus moribundos ojos que al instante

cierra otra vez y dice: amigo, el Cielo

una inocente vida va á quitarme:

despues que yo fallezca sirve atento

á la infeliz Aricia, y si mi padre

mi inocencia algun dia conociendo

compadece de un hijo la desgracia,

dile, querido amigo, con respeto,

que para apaciguar mi triste saugre

y á mi sombra doliente dar consuelo,

trate con mas dulzura á su cautiva,

que le vuelva piadoso... á estos acentos

el Heroe espira, y no dexa en mis brazos

mas

mas que un cuerpo disforme , triste objeto

en que triunfa la saña de los Dioses con cruel afán , y que los ojos mismos de su padre infeliz desconocieron.

Tes. ¡O hijo querido mio! ¡o hijo tierno de que yo por mi mano me he privado! Dioses terribles , que mis votos necios cruelmente habeis oído ; ¿à que mortales disgustos reservais mi triste aliento?

Ter. En el instante llega la inocente y temerosa Aricia , à la que huyendo de vuestra ira , Señor , venia à aceptarlo por esposo en aquel sagrado Templo : se acerca presurosa , y vé la yerva que humea con la sangre : mira luego (¡que objeto , Santo Dios! ¡para los ojos de una infeliz muger que está queriendo!)

mira á Hipolito yerto , y estendido sin forma de color por algun tiempo : duda de su infortunio , no conoce al Heroe que idolatra ; le está viendo , y pregunta por él ; pero al fin , cierta de que es su esposo aquel cadaver yerto con una triste y pavorosa ojeada acusa la barbarie de los Cielos , y cae al pie de su infeliz amante desmayada , sin fuerza y sin aliento : la fiel Ismenia que á su lado estaba anegada en su llanto , corre luego , y en sí la hace volver ; mas que à la vida

revoca su sentido à los lamentos : y detestando yo la luz del dia , à deciros , Señor , vengo corriendo la voluntad postrera de aquel Heroe , y cumplir el encargo lastimero , con que su corazon ya moribundo sobre mi reposó... pero à este puesto se dirige su barbara enemiga.

SCENA ULTIMA.

Teseo , Fedra , Teramene , Panope y Guardia.

Tes. Ya por fin se ha logrado vuestro anhelo :

ya Hipolito murió : ¡ah! ¡qué razones tengo de desconfiar , como un recelo , una sospecha cruel , y bien fundada lo justifica y me debora el pecho! pero por fin , Señora , ya ha espirado ; gozad del fruto cruel de vuestro ceño , y os consuele su tragico desastre legitimo ò injusto : yo consiento en que mis ojos siempre estén cerrados , y quiero persuadirme à que era reo , pues que vos lo ocultais , al llanto mio su muerte ofrece suficiente objeto , sin que emprenda buscar luces odiosas , que no siendo capaces de volverlo à mi justo dolor , solo serian capaces de aumentarme los tormentos : dexadme pues , que lexos de esta orilla me parece que todos vén con tedio mi injusticia cruel ; mi grande nombre de mi dolor aumentan lo violento , pues menos conocido , lograria ocultarme mejor del Universo : estoy aborreciendo hasta el cuidado con que me honran los Dioses , y voy luego

à llorar sus mortiferos favores sin fatigarlos con mis tristes ruegos : por mas que hagan por mi , ya no me pueden valer los que tiranos y sangrientos me han quitado hasta el sér.

Fed. Teseo , oídme :

Ya es tiempo de que rompa mi silencio , y de que al fin mi injusto labio aclare la inocencia y candor del hijo vuestro , él no era delinquente.

Tes. ¡Infeliz padre!

solo por vos le condené severo : inhumana , pensais que ahora os disculpa...

Fed. Mira que son preciosos los momentos ;

escuchadme Teseo : yo soy sola quien sobre un hijo casto y de honor lleno

eché profanos è incestuosos ojos , el Cielo puso en mi infelice pecho una funesta llama ; la impia Emone

conduxo lo demás ; tubo recelo
de que Hipolito fuera à descubrirnos
todo el horror de mis infames fuegos:
la malvada, abusando de la extrema
flaqueza en que me vió , logra el mo-
mento,

y se à delante perfido á acusarlo:
ella se dió el castigo de su exceso;
en el mar por huir de sus furoros
se dió muerte , aunque dulce , y ya el
azero

hubiera terminado mi destino,
sino hubiera pensado que muriendo
dexaba sospechada á la inocencia:
por eso quise à vuestros ojos mismos
exponer mi delito , y al sepulcro
baxar por un camino aunque mas lento:

ya he bebido , Señor , ya está en mis ve-
nas

un terrible mortifero veneno
que aqui trajo Medea : ya ha llegado
hasta mi corazon su altivo esfuerzo,
y en él derrama un frio que le yela:
ya no puedo mirar sino entre velos
al Cielo y al esposo , à quienes sirve
de ultrage mi presencia ; y ya extin-
guiendo

las luces de mis ojos la cruel muerte,
al dia restituye el puro aliento
que infestaba lo atroz de mis dilitos.

Pan. ¡Ay Señor , que ya expira!

Tes. Justos Cielos,

¿porque tambien no espira con su vida
la memoria de un hecho tan perverso?

F I N.

Barcelona: Por la Viuda Piferrer , vendese en su Libreria,
administrada por Juan Sellent; y en Madrid
en la de Quiroga.